

# LOS DOS AÑOS.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

EN VERSO.

TRADUCIDA P. D. F. E. C.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CALLE  
DEL PRINCIPE.



CON LICENCIA EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE DON BENITO GARCIA Y COMPAÑIA  
AÑO DE 1808.

*Se hallará en la librería de la viuda de Quiroga y Sainz, calle de las Carretas, número 9, con un completo surtido de comedias antiguas y modernas, piezas en un acto, unipersonales, saynetes y entremeses.*

## ACTORES.

Roberto, Ayo de.....

Juanito, niño de once años....

Arnaldo, Ayo de.....

Alexandro, niño de doce años,

hijo de.....

Teodora.....

Cárlos, Oficial de Marina, su

hermano.....

Lucrecia, criada de Teodora....

Gerardo, amigo de Arnaldo....

Tomasa, posadera.....

Un Escribano.....

Ministros.....

Un criado.....

} No hablan.

*La escena es en Paris.*

# ACTO PRIMERO.

*El Teatro figura una sala, con una chimenea francesa, una mesa, y en ella lo que dicen los versos. A otro lado un buró, y un reloj de sobremesa.*

## ESCENA PRIMERA.

*Lucrecia sola.*

*Lucrec.* Café con leche, biscochos, licores... está dispuesto el desayuno? no falta sino que venga Roberto, y creo no faltará.

En llegando á cierto tiempo debe la muger pensar en casarse, y para ello tomar muy bien sus medidas. Con este hombre nada tengo que temer: Es un buen mozo, y aunque sepa como disimular su carácter, yo sé que tiene buen genio. Piensa en casarse tan solo por gozar del himeneo, y no por economía.

Es amigo con extremo de su bien estar: no hay cosa que mas me convenga, puesto que si el hombre solo piensa en sus conveniencias, luego manda en todo la muger. Quizás aquellos sugetos que la menor vagatela juzgan qual jueces severos: dirán que Roberto es un intrigante perverso, y no bien intencionado; pero distinguir debemos las acciones por el fin que las dirige. Roberto

pretende hacer su fortuna, y es justo que quiera hacerlo. Yo en su proyecto le ayudo, y conseguido, debemos casarnos... A la verdad, que casarse no teniendo las mayores conveniencias, no dexa de ser expuesto. Mas qué importa? Quántos otros se habrán casado lo mismo?

*Da el reloj.*

Las seis... Si viniese pronto, habia bastante tiempo para hablar, ántes que nadie despierte... pero ya creo que llega.

## ESCENA II.

*Dicha y Roberto.*

*Luc.* Cerrad quedito *en voz baxa.* la puerta... con mucho tiento, no metais ruido.

*Rob.* Muy bien.

Vine con todo silencio y en puntillas.

*Luc.* Bien hicisteis.

Vaya, pues, tomad asiento.

*Rob.* Hacé un frio del demonio.

*Luc.* Pues bien: acercaos al fuego, y arrimaremos la mesa.

**Rob.** Ola , qué teneis dispuesto?

**Luc.** Un desayuno de amigos.

**Rob.** Pero os privasteis del sueño para disponerle? A bien que en vuestros ojos al ménos no se conoce la falta del descanso , pues los veo tan hermosos como siempre.

**Luc.** Teneis frio?

**Rob.** No: ya empiezo á entrar en calor. Sabéis que es cruel en este tiempo levantarse tan temprano? Además está tan léjos esta sala de mi quarto , y los callejones esos están frios como un páramo.

**Luc.** Os pesa de este pequeño mal rato? *se sientan á la mesa.*

**Rob.** Nunca el amor se quexa. Lo que yo siento es , que sea en esta sala nuestra cita: para esto era mejor vuestro quarto.

**Luc.** De veras?

**Rob.** Como es pequeño, no está tan desabrigado, ni tampo tan expuesto á que alguno nos sorprehenda.

**Luc.** Eso tampoco lo temo en esta sala. Yo sé lo que me hago.

**Rob.** Lo creo; pero vuestro quarto tiene un no sé qué....

**Luc.** Nos debemos manejar con gran prudencia. Si os citase á mi aposento era imposible que alguno no os sintiese , en el supuesto que allí están todos los quartos de las familias.

**Rob.** Así es , cierto : veo que teneis razon.

**Luc.** Y Juanito?

**Rob.** Está durmiendo.

**Luc.** Y nadie os sintió venir?

**Rob.** Esb preguntáis sabiendo que ayer marcháron sus padres á la quinta , y por lo mesmo debe toda la familia disfrutar ahora del sueño hasta mas tarde que nunca.

**Luc.** Pensando yo en eso mesmo os he citado.

**Rob.** Pues bien, no hablar en vano , y tratemos de nuestro asunto. Es preciso que todo quede dispuesto desde ahora.

**Luc.** Bien decis.

*Separan la mesa y acercan las sillas.*

**Rob.** Dos puntos tiene el proyecto, que hemos de desempeñar precisamente. El primero es echar de casa el Ayo de Alexandro , y en su puesto hacer que venga mi hermano. Luego que logremos esto, lo demas está corriente. Con que ante todo tratemos de despedir este ayo.

**Lucrec.** Lo principal, en efecto, es eso.

**Rob.** Arnaldo es un hombre que con el severo aspecto de filósofo disfraza su mal humor , y su genio brutal. Madama Teodora no gusta de los sugesos de su clase , y por lo mismo mi hermano logrará luego su estimacion.

**Luc.** Pero es fuerza que le escribais que al momento se presente.

**Rob.** Ved la carta que le escribo , y me prometo que va bien puesta , y le instruye de todo.

**Lucrec.** Leed , que ya atiendo.

**Rob. lee** "Querido hermano : por mis anteriores habrás visto que la fortuna que te preparo es de las mas conside-

ables que se nos pueden presentar, tanto para tí como para mí. Hasta saber si convenias con mis ideas, no quise explicarte el enigma."

*Dice.* Juzgo que os acordareis de mis cartas, y quán diestro me explicaba en ellas?

*Luc.* Sí:

su estilo fué muy discreto, y me agradó por lo mismo.

*Rob.* Me lisongea en extremo vuestra aprobacion: Oid.

*Lee.* "Ahora es preciso pintarte todos los por menores de esta familia, á fin de que te presentes en ella, pareciendo lo que deseamos que parezcas. Dos familias habitan esta casa enteramente separadas de quartos, de criados y aun casi de corazon. Aunque la cabeza de la una es hermano de la dueña de la casa. Yo soy Ayo de un niño de once años, hijo único, y que pertenece á una de las dos familias, de la qual no es menester que te diga sino que marido y muger son dos genios bonazos, que se dexan gobernar como uno quiere. La cabeza de la otra familia es una viuda de treinta y seis años, segun dice; pero de quarenta y cinco, segun parece."

*Lucrec.* Pudierais sin exponeros á mentir, darla cincuenta.

Yo tengo treinta, y de cierto sé que su edad.....

*Rob.* Oh! qualquiera que os vea, dirá al momento que vos teneis veinte años ménos que Teodora. Vuelvo á leer.

*Luc.* Sí: que ya escucho.

*Rob.* "Esta viudita hace quince meses que lo es, y tiene cincuenta mil escudos de caudal. Esta especie de hermosura; muy capaz de suplir por la que la negó naturaleza, ya la hubiera proporcionado, (á no ser por mis precauciones) un esposo, y quizás se le proporcionará muy pronto, contra mi vo-

luntad; y mis intereses, sino te das prisa á obtener su mano, tanto por tu utilidad como por la nuestra. Digo por la nuestra porque hay en casa una tal Lucrecia que me interesa mucho, y que tiene parte en este proyecto del matrimonio, así como la tiene en todo lo que pienso."

Disimulad si me atrevo á nombraros en mi carta, porque el hablar del objeto que ama el corazon, es dulce.

*Lucrec.* Proseguid, que no me ofendo.

*Rob. lee.* "Teodora (que así se llama la que deseamos sea tu esposa) es una señora bastante ridícula, y como la semejanza que ha de haber entre tu genio y el suyo, es de la mayor consecuencia, voy á decirte alguna cosa de su carácter."

*Lucrec.* Esa descripcion será muy graciosa.

*Rob.* Si yo acierto á descifrar su carácter no será por mi talento, pues no hice mas que extraer vuestros mismos pensamientos.

*Lee.* "Teodora quiere ser amada de todos los hombres. Yo no sé si esto será por vanidad ó por otro motivo; lo cierto es, que quiere ser tenida por *dama sentimental*, y así tú fingirás ser muy sentimental para agradarla. Los que la conocen dicen que no la falta talento, ni tampoco cierta dosis de necesidad, por manera, que esto produce un término medio. Sus ideas son desordenadas, y sus juicios precipitados: escucha con la mayor admiracion á los charlatanes: es supersticiosa hasta el extremo, y por lo mismo capaz de creer quanto la digan. No olvida circunstancia alguna de lo que sueña. Qualquier presagio basta á alegrarla ó entristecerla. Da mucho crédito á los agueros, y así tendrás cuidado en no presentarte á ella en martes, ni tampoco el dia

«13 ó 27 del mes. Serás recibido en  
 «nasa en qualidad de Ayo de su hijo Ale-  
 «xandro, que tiene doce años. En esta  
 «ocupacion reemplazarás á un tal Arnal-  
 «do, hombre añlosafado que no agrada  
 «á ninguno de la familia. Este ha educa-  
 «do al niño en una aldea, acostumbrán-  
 «dole á la vida filosófica. Teodora, obliga-  
 «da por nuestros consejos, los ha hecho  
 «venir á su casa, y aunque Arnaldo no  
 «está contento con la vida de la Corte,  
 «y quiere marchar con su discípulo á la  
 «Aldea, puedes creer que no le llevará  
 «consigo, y que partirá solo ántes de  
 «muchos dias..”

Pongo despues de este informe  
 los puntos que á nuestro intento  
 pertenecen, y le digo  
 que serán doce mil pesos  
 los que nos habrá de dar  
 para hacer nuestro himeneo,  
 mostrándose agradecido  
 á tal favor.

*Luc.* Es lo ménos  
 que se le puede exigir.  
 Hoy es dia de correo,  
 y puede marchar la carta.

*Rob.* No me olvidaré. *se la guarda.*

*Luc.* Debemos  
 reunirnos contra Arnaldo.  
 Carlos, ese hombre severo,  
 que siempre habla de sus viages,  
 es su protector. Yo creo  
 que debemos procurar  
 que se aleje lo mas presto  
 que se pueda de esta casa.  
 Teodora su hermana, veo  
 que le teme: es necesario  
 deshacernos de un sugeto  
 tan franco.

*Rob.* Feliz idea!

Mas por vuestra parte os ruego,  
 que como diestra intriganta,  
 acabeis lo que ya tengo  
 comenzado. Habrá diez dias  
 que no he dexado un momento  
 favorable, en que no hable

de mi hermano, y el efecto  
 correspondió á mi esperanza.

En varias veces he vuelto  
 á hablar de él, aparentando  
 ser casualidad, y luego  
 que advertí que ya mis golpes  
 penetraban en su pecho,  
 con unas medias palabras  
 pronunciadas á buen tiempo,  
 acabé mi empresa... Es jóven...  
 ... Ola, jóven?... Un sugeto  
 muy amable. Qué es buen mozo?  
 Además mucho talento,  
 un corazon muy sensible...

Esta circunstancia creo  
 que la acabó de rendir,  
 y tanto, que ayer me acuerdo  
 que ella misma me habló de él  
 sin quererlo hacer. Os ruego  
 que aprovecheis la ocasion  
 para proseguir.

*Luc.* No creo

que me quedaré yo atrás.  
 Mas sin embargo, no debo  
 mostrar que estoy informada  
 de semejante secreto.

Teodora está prevenida:  
 vuestras palabras su pecho  
 traspasaron. Por Felipe  
 olla suspira en silencio.  
 Dexémosla que lo haga,  
 porque todavía no es tiempo  
 de socórrerla. Yo sé  
 quando lo he de hacer.

*Rob.* Ya creo

que entendisteis mis ideas.

*Luc.* Del todo; pero al momento  
 es fuerza que os retireis  
 á vuestro quarto, no demos  
 lugar á que algun criado  
 suba, y os eche de ménos.

Ya sabeis que hoy cumple años  
 Teodora. Teneis dispuesto  
 su obsequio por vuestra parte?

*Rob.* Yo nunca olvidarme puedo  
 de cosa tan esencial.

Juanito sabe los versos.

con que ha de felicitarla.

*Luc.* Me gusta. Pues id corriendo á despertarle.

*Rob.* Al instante, y despues proseguiremos nuestra conferencia.

*vase.*

*Luc.* Sí.

Voy á quitar todo esto para no dexar señal de la visita.

*Entra la mesa en un quarto y abre la ventana.*

..... Qué veo!

Ya es muy de dia. Jesus, y como se pasa el tiempo!

*Dentro Alexandro.*

*Alex.* Ola, no hay algun criado? Francisco, Jayme.

*Luc.* Qué es eso?

Pero ay Dios, qué es Alexandro.

*Sale Alexandro.*

*Alex.* Qué, aun están todos durmiendo?

*Luc.* Por qué llamas? Qué sucede?

*Alex.* Hace media hora lo ménos que estoy gritando, y ninguno me responde. A nadie encuentro en la cocina, en las salas, y entre tanto se va haciendo muy tarde. Serán las diez quando salga á mi paseo.

Vaya, dadme un panecillo, que en esta ciudad yo creo que ahora no se encontrará cosa alguna. Vamos presto, dadme pan, pan.

*Luc.* Al instante

voy á llamar: estaos quieto.

*Tira de la campanilla, y sale un criado.*

*Criad.* Jayme, trae un panecillo al señorito.

*vase el criado.*

*Alex.* Corriendo, que no me puedo esperar.

*Luc.* Tanta hambre teneis?

*Alex.* No es eso, sino que voy á pasearme por el campo, y así quiero

llevar pan para almorzar.

*Luc.* Y qué salis á paseo tan de mañana? No veis que hace un frio el mas intenso y ha nevado?

*Alex.* Por lo mismo estará el campo mas bello. Se siente crugir la nieve quando se anda. Es un contento oir como hace cric, crac, y ver como queda impreso el zapato entre la nieve. ademas de eso, yo quiero ir á buscar unas flores para Mamá.

*Luc.* Bueno es eso.

Qué flores hay entre nieve?

*Alex.* Muchas.

*Luc.* Señorito, creo que lo habeis soñado.

*Alex.* No,

mil veces las ví.. Qué es esto: aun no traen el panecillo?

Vaya, me iré, que no puedo esperar. Gerardo está en mi quarto, ha tanto tiempo.

*Luc.* Gerardo ha venido?

*Alex.* Sí.

*Luc.* Le abrió la puerta el portero?

*Alex.* Dormia como un lirón. Pero yo estaba despierto y oí llamar: un golpe, dos, tres, quatro... Salto ligero de la cama. Voy abaxo, me envoco en el aposento del portero, y por mi mismo abro á Gerardo... Ya veo

*Sale el criado.*

á Jayme... amigo, mil gracias.

*Tomando el panecillo, y vase saltando.*

#### ESCENA IV.

*Lucrecia y luego Teodora.*

*Luc.* No he visto mayor exceso de locura. Va á coger

un resfriado lo ménos.  
Pero quién le ha de impedir  
que salga si es un diablejo  
que no conoce temor?

Este lance á mis intentos  
puede convenir. Quizás  
Teodora encuentre pretexto  
para despedir á su ayo.

Pasos parece que siento;  
sí, con efecto: ella es.

*Sale Teodora con un vestido como que  
se acaba de levantar.*

*Luc.* Señora mia, qué es esto?  
Tan temprano levantada?  
Estais indispuesta? Advierto  
en vuestro rostro...

*Teod.* No amiga,  
no estoy mala.

*Luc.* Lo celebro.

*Teod.* Solo he dexado la cama.

*Luc.* Por qué?

*Teod.* Por huir del sueño.

*Luc.* Será que acaso soñasteis  
alguna cosa.

*Teod.* En efecto,  
tuve un sueño el mas horrible.  
Un precipicio tremendo,  
una posada, una mesa.

*Luc.* Mesa, Señora?... Yo tiemblo.  
Comistes en ella?

*Teod.* No.

*Luc.* Tanto mejor.

*Teod.* Todo esto  
de repente se borró.  
No puedo decir qué objetos  
me representó mi idea.  
Un desórden el mas nuevo...  
Vaya, pareció un delirio,  
y despues de todo, veo  
que por un camino real  
venía una silla, que creo  
era de posta... Caballos...  
y...

*Luc.* Señora, en ese sueño *interrump.*  
visteis agua?

*Teod.* Me parece  
que sí la ví: con efecto.

*Luc.* Pantanosa?

*Teod.* Aguarda un poco...

No: muy clara, y bien me acuerdo  
de que en ella habia peces.

*Luc.* Peces decís?

*Teod.* Si por cierto.

*Luc.* Buena señal son los peces.

Vaya, no tengais recelo,  
que eso es nada.

*Teod.* Tú lo crees?

Luego unos gritos tremendos  
me despertáron.

*Luc.* A fé

que esos gritos fuéron ciertos.  
Alexandro dió bastantes.

*Teod.* Mi hijo?

*Luc.* Sí señora, el mismo.

Dónde pensais que se halla  
á la hora de esta?

*Teod.* Durmiendo  
en su cama.

*Luc.* Os aseguro  
que tiene los pies muy frescos,  
pues está pisando nieve.

*Teod.* Pues qué salió?

*Luc.* Fué á paseo  
por el campo.

*Teod.* Qué locura!

No te opusistes á ello?

*Luc.* Puedo yo hacerlo, señora?

*Teod.* En el rigor del invierno  
salir al amanecer  
al campo?

*Luc.* Por el recreo  
de ver cuál suena la nieve  
al pisarla, y queda impreso  
el vestigio de los pies.  
Así me ha pintado él mismo  
su diversion. Ved aquí  
el fruto de los consejos  
de su ayo: ó mejor dicho,  
ved el pernicioso efecto  
de sus lecciones.

*Teod.* Bien dices,  
á Arnaldo yo le aborrezco.

*Luc.* Es un pedante insufrible.  
Soberbio baxo el aspecto



de filósofo , que habla  
y decide como maestro.

*Teod.* Y que no se dexa ver ,  
buscando siempre el silencio  
de su quarto. No has notado  
como ni aun por cumplimiento  
se digna hacerme la corte?  
Bien conozco que su genio  
es inclinado al estudio ,  
y que divertido en esto  
solo el retiro apetece ;  
pero con todo debemos  
cumplir con nuestros amigos.

*Luc.* Si ese hombre es un grosero ,  
muy fantástico y brutal ,  
sin otros muchos defectos  
que la máscara de sabio  
suele encubrir. No me atrevo  
á decir en este punto  
todo aquello que yo entiendo.  
Ademas , en este asunto  
no debo hablar , y venero  
aquella regla prudente  
de que hablar mal no debemos  
de los ausentes : con todo ,  
si estuviese en lugar vuestro  
al punto le despediera ,  
recompensando su celo  
con un buen regalo , á fin  
de evitar por este medio  
las hablillas , cohonestando  
la cosa. Luego al momento  
nombraria en su lugar  
uno de aquellos sugetos  
de prouidad conocida ,  
político , amable , ingénuo ,  
sobre todo , respetable.  
Un anciano...

*Teod.* Nada de eso.

No hija mia. Los ancianos  
me disgustan. Son severos ,  
desagradables. Yo juzgo  
conviene para el empleo  
de educar la juventud  
un jóven.

*Luc.* Sí , con efecto ;  
yo soy de vuestra opinion.

Los niños son por sí mismos  
alegres , y se disgustan  
de un predicador eterno ,  
que siempre esté censurando  
sus mas inocentes juegos.

Predicar y censurar  
es el fuerte de los viejos.

Los niños gustan mejor  
de quien como amigo tierno  
los acaricia , y á veces  
juega como juegan ellos.

Esto inspira confianza ,  
gana el corazon. Quedemos  
en que un jóven es mejor  
para ayo. Y aun por eso  
quisiera yo que este jóven  
fuese gracioso , bien hecho ,  
amable.

*Teod.* Dices muy bien.

Eso es lo que yo sostengo.  
A igualdad de circunstancias  
son preferibles aquellas  
que tienen buena presencia.  
No siempre elegir debemos  
mascarones.

*Luc.* Y añadid ,

que los jóvenes como estos  
que pintamos , siempre tratan  
de hacerse amables. Para ello  
ya les dió naturaleza  
el mas poderoso medio  
en su rostro... Y por sí mismo  
procuran con todo esmero  
ayudarse : son amigos  
de todos. Previenen diestros  
sus miras , sus intenciones ,  
manifestando su celo  
en servir á los demas.

Mirad señora el modelo  
del hombre que á vuestro lado  
necesitais. No uno de estos  
sábios que de vos se aparte ,  
y que no encuentre un momento  
en que se digne su ciencia  
hablaros.

*Teod.* Sí , con efecto ,  
y mas en mi situacion ,

pues á no ser tú, no tengo  
persona de confianza  
con quien hablar.

*Luc.* Pues si es eso,  
á qué aguardais? Decidid.

*Teod.* Tengo deseos de hacerlo,  
pero hallo ciertas razones  
que se oponen. No comprehendo  
como Arnaldo se ha ganado  
la estimacion y el aprecio  
de mi hijo: sí, Lucrecia,  
yo lo ignoro; mas lo cierto  
es que este niño le quiere,  
y sentirá por lo mesmo  
que le aparte de su lado.

Bien sabes con quanto extremo  
quiero á mi hijo: y así  
por lo mismo no me atrevo  
á separarle de Arnaldo  
por no darle el sentimiento  
de privarle de un amigo.

*Luc.* Válgame Dios, en que tiempo  
tan precioso os advierto  
indecisa y detenida  
por el maternal afecto!

No os crítico, no señora,  
todo al contrario, venero  
los generosos impulsos  
de ese corazon tan tierno  
y amable. Pero señora,  
permitidme que un momento  
exâmine ese cariño  
de vuestro hijo. Yo creo  
que la amistad de los niños  
es pura costumbre. Veo  
que es tan viva y tan instable  
como todos los deseos  
de la infancia. En esa edad  
las penas y los contentos  
son de poca duracion,  
y por lo mismo...

*Teod.* Yo encuentro  
otro obstáculo, sin duda  
mucho mas fuerte.

*Luc.* No entiendo  
qual pueda ser.

*Teod.* Es mi hermano

Cárlos.

*Luc.* Sé que con extremo  
aprecia á Arnaldo. Con todo,  
por ese resentimiento  
no me parece que...

*Teod.* Sí,  
ese es gran impedimento  
para mi resolucion.

Bien sabes que con afecto  
de padre mira á Alexandro,  
y este cariño protesto  
que me interesa, y que hace  
le respete. Por su medio  
vino Arnaldo á casa, el dia  
que yo le despida temo  
sus serias reconvençiones.

Dime, Lucrecia, qué puedo  
responderle en este caso?

El me obstiga, y si yo debo  
hablarte como una amiga,  
te diré que con su genio  
me molesta, y quando viene  
á verme, tan solo pienso  
en quando se marchará.

Pero á pesar de todo esto  
mi corazon le respeta  
sin amarle. Si le quiero  
tratar con dureza, hallo  
que me queda un sentimiento  
interior, y si al contrario  
agrado le manifiesto  
es á mi pesar. No sé  
si esto lo causa su genio  
ó mi carácter. Lucrecia,  
explícame este misterio,  
pues te digo con verdad  
que libertarme deseo  
de este hermano, y sin embargo,  
causarle disgusto siento.

*Luc.* En ese punto, señora,  
no quiero hablaros: mi zelo,  
si digo mi parecer,  
quizás se juzgue indiscreto.  
Pero en fin, él es quien habla,  
y no mi interes. Qué tengo  
yo con que Arnaldo se vaya  
ó se quede en casa? Creo

## ESCENA VIII.

*Dichas y Arnaldo.*

que ésta es verdad innegable.  
 Al mismo tiempo estoy viendo  
 un niño que en adelante  
 pudiera ser un modelo  
 de gracias, y está fiado  
 á un Pedanton indiscreto  
 que casi nada le enseña  
 sino solo los violentos  
 ejercicios, mas conformes  
 á un ganapan que á un sugeto  
 de su clase. Yo conozco  
 que reemplazando este necio  
 ayo, con otro que fuese  
 mas prudente, mas discreto,  
 mas político, y en fin,  
 como pintado le habemos:  
 resultará la ventaja  
 de tener á un mismo tiempo  
 el niño un buen preceptor,  
 y vos un amigo tierno.  
 Un amigo, sí señora,  
 la delicia y embeleso  
 de la vida. Un hombre en fin  
 con quien hablar. Un sugeto  
 capaz de servir de guia  
 con sus luces y consejos  
 en qualquiera circunstancia.  
 Mas vuestro hermano á todo esto  
 se opone, y es necesario  
 abandonar el proyecto  
 por no causarle disgusto.  
 En fin, señora, tenemos  
 que lo que os puede ser útil  
 y agradable á un mismo tiempo  
 es una cosa muy fácil,  
 y hay que dexarla temiendo  
 á un hombre que nada importa.  
 Si no os determinais á hacerlo  
 quejaos luego de vos propia,  
 y no de nadie.

*Teod.* Es muy cierto;  
 pero en fin.

*Luc.* Arnaldo viene.

*Arn.* Señora, á deciros vengo  
 que por muy justos motivos  
 vuestro hijo y yo no debemos  
 permanecer en la Corte.  
 Es un sistema completo  
 este de la educacion,  
 y que debe por lo mismo  
 comenzarse y concluirse,  
 siempre una línea siguiendo.  
 Es sumamente importante...

*Teod.* Aguardad, que yo no encuentro  
 que haya ninguna razon  
 para esta partida, y veo  
 como cosa muy extraña  
 separar á un niño tierno  
 de los brazos de su madre  
 para educarle.

*Arn.* No intento  
 que os separeis de su vista.  
 Acompañadnos al pueblo  
 donde los dos residimos.  
 Me lisonjearéis viniendo  
 con nosotros, y tendreis  
 gran gusto al ver los progresos  
 que hace vuestro amado hijo.  
 Pero señora, yo debo  
 explicarme con franqueza.  
 Paris me enfada. Yo quiero  
 una poblacion que sea  
 mas vasta, y al mismo tiempo  
 mas estrecha. Esto es decir,  
 mas vasta para el imperio  
 de la gran naturaleza,  
 mas estrecha para el necio  
 trato de la sociedad.  
 En esta Corte no encuentro  
 sino artificios é intriegas,  
 nada simple y verdadero,  
 nada natural, y en fin,  
 de mi discípulo debo  
 establecer las ideas.  
 ¿Y sobre qué fundamento  
 puedo en la Corte formarlas

quando todos sus exemplos  
contradiceen mis lecciones?  
Disimulad, soy ingénuo:  
quizás os hablo un lenguaje  
que no escuchasteis, y siento  
disgustaros: sin embargo,  
señora, no puedo ménos  
de usarle á pesar de todo.

*Luc.* Sea en buen hora: no podemos  
culpar vuestra ingenuidad.  
Quizás no comprenderemos  
vuestras sublimes ideas;  
pero mi ama este momento  
escucha solo las veces  
de su corazon, y oyendo  
los sentimientos de madre  
os anuncia por mi medio  
que ella reside en Paris,  
y que por ningun pretesto  
quiere apartarse de su hijo  
á quien ama con extremo.  
Esta es su resolucion,  
vos á consecuencia de ello  
hareis lo que os acomode.

*Arn.* Mirad señora ..

*Teod.* Qué tengo  
que mirar? Que de mi lado  
se aparta un hijo á quien quiero  
con el extremo mayor,  
para llevarle á un desierto,  
y educarle entre los bosques?  
*Arnaldo,* yo no consiento  
que se aparte de mi vista:  
yo quiero verle, deseo  
me acompañe á todas partes.  
Decid, qué conocimientos  
puede adquirir en la aldea?  
Nunca dos dias enteros  
estoy en ella, sin verme  
devorada por el tédio.  
Quedaos Arnaldo en Paris,  
donde encontrareis mil medios  
para que mi hijo se instruya,  
y divierta á un mismo tiempo.  
No quiero que se acostumbre  
al ejercicio grosero  
de un gayan. Todo al contrario,

deseo que salga diestro  
en las cosas de la Corte.  
Quiero buscarle un maestro  
de bayle. Sin duda alguna  
le será mas útil esto,  
que pasar entre las yervas  
todo el dia: verse expuesto  
á mil peligros, y en fin,  
os digo que yo no apruebo  
le aconsejeis se pasee  
en el rigor del invierno  
pisando nieve. Presumo  
que me entendéis, y no tengo  
nada que añadir. *vas. con Lucrecia.*

*Arn.* Sí: bien,

lo he entendido. Solo siento  
que sobre el pobre Alexandro  
recaerá todo esto. *vase.*

## A C T O II.

*La misma decoracion que en el acto  
antecedente.*

### ESCENA PRIMERA.

*Arnaldo solo.*

*Arn.* Aunque inútil considero  
una tentativa nueva  
emprenderla es necesario.  
Qué perspectiva funesta  
se me ofrece! A cuáles manos  
van á fiar la inocencia  
de Alexandro! Qué la absurda  
preocupacion hoy queda  
triumfante! Quando será  
que al error la verdad venza?  
Pero á pesar del disgusto,  
á pesar de la tristeza  
que me inspira este suceso,  
la ridícula cadena  
de errores que ante mis ojos  
el universo presenta,  
me hace reír de compasion.  
Quiere uno que su hijo sea  
capáz de sobrepasar

## ESCENA II.

*Dicho y Gerardo.*

á los héroes de la Grecia,  
y para darle este lustre  
á un hombre vil encomienda  
su educacion. Allí veo  
un niño que se atarea  
revolviendo muchos libros,  
que ni mover puede apénas,  
y siguiendo los preceptos  
de su director, se esfuerza  
en pasar á su cerebro  
las novedades ajenas,  
haciendo que en adelante  
ni pensar pueda siquiera  
un momento por sí mismo.  
Mas allá se me presenta  
una víctima infeliz  
del pedantismo, que espera  
el azote de su maestro,  
y que aborrece las ciencias,  
no sin razon, pues no coge  
flor que con sangre no riega.  
Entre tan varios errores  
dispuso la providencia  
que me cupiese educar  
un niño de la mas bella  
índole: sensible, dócil,  
adornado de las prendas  
mejores: en fin, perfecto,  
qual todos quizás lo fueran  
si fuese su primer maestro  
sola la naturaleza.  
Y este niño, este discípulo  
de mí le apartan. Por fuerza  
quieren que viva en Paris  
por la ridícula idea  
de darle un maestro de bayle.  
Pero quizás esto sea  
un capricho que tal vez  
pasará: si yo pudiera  
persuadir y convencer  
á su madre? Será fuerza  
intentarlo por lo ménos;  
pero Gerardo se acerca.

*Ger.* Amigo, qué gran paseo  
hemos dado. Estaba fresca  
la mañana que era un gusto.  
Por fin, ya estamos de vuelta,  
y vuestro amado discípulo  
alegre sobre manera,  
porque trae un ramillete  
para su madre. Es de yerva  
y no de flores, pero él  
le juzga mucho mas bello  
que las rosas. Si le vieseis  
con qué placer y destreza  
salta un barranco. Para él  
no hay obstáculos. Se trepa  
por todas partes: registra  
aun las plantas mas pequeñas,  
es vivo, curioso, en fin,  
jamás en inaccion dexa  
ni su cuerpo ni su alma.  
A qualquier hora se encuentra  
dispuesto á todo. Me admira  
su robustez en tan tierna  
edad. Quando se cansó  
de andar, sacó con presteza  
un gran pedazo de pan,  
y le comió con la mesma  
delicia que un buen vizcocho.  
Se quitó de la cabeza  
el sombrero, cogió en él  
agua, y se puso á beberla  
como si bebiese leche.  
Vaya, este niño demuestra  
que en siendo grande, será  
capáz de qualquier empresa.  
Mas qué teneis? Estais triste?  
*Arn.* No es sin causa mi tristeza.  
*Ger.* Qué ha sucedido?  
*Arn.* Me quitan  
á Alexandro.  
*Ger.* Hablais de veras?  
Qué causa tienen?  
*Arn.* La ignoro,  
mas sé que en la casa está.

disgusto á todos.

*Ger.* Qué quieren?

Consistirá en que desean tener en su casa pícaros ó necios.

*Arn.* Como no encuentran faltas que en verdad me culpen, buscan rodeos y vueltas para causarme disgusto. Ah, cuánto mas en mi idea exâmino lo que pasá, encuentro mas claras señas del fin que tendrá todo esto.

*Ger.* Si castigaros intentan, se engañan.

*Arn.* Sí: mi conducta de toda nota está exênta. No me pueden castigar, pero el pecho me atraviesan.

*Ger.* Pero en fin, qué ha sucedido?

*Arn.* Con imperio, y con las muestras de un desprecio decidido en este instante me niegan una súplica muy justa. La causa de esta respuesta es risible, no me ultraja, mas los pasos de la guerra que me hacen, me son notorios. Desde que á la casa ésta llegué, conocí que todos me aborrecen, sin que sepa ni el motivo, ni quién es quien ésta intriga fomenta. Ya sabeis que hay otro ayo en casa, cuyas ideas se dexan bien conocer. Este es un sábio de aquella especie que por desgracia abunda tanto en la tierra. Preciosos ayos, que miran como obligacion primera, pensar poco en el discípulo, y hacer sin la mas pequeña repugnancia su fortuna. Solo cuidan de que tenga su discípulo un barniz que á algunos deslumbrar pueda,

y se dedican del todo á la mas vil y grosera adulacion. No tan solo elogian y lisongean á los dueños de la casa sino á la familia entera. Tan viles y despreciables que á veces hasta la perra que disfruta los cariños de la señora, vé muestras de esta adulacion servil. Yo no sé si quizás sea que me aborrezca Roberto, ó que mi conducta pierda comparada con la suya, y que en mi lugar intentan colocar otro sugeto que á Roberto se parezca, lo cierto es que no hay instante en que señales no vea del ódio con que me tratan. Aun los criados que entran en mi quarto, pretestando van á servirme, se esmeran en causarme sentimientos.

*Ger.* Y teneis tanta paciencia que no dexais al instante una casa tan perversa? Diciendo ántes á Teodora, y de modo que lo entienda: señora, hombres como yo jamás en la casa vuestra deben estar. Id, buscad hombres que... En fin, salgo de ella y no volveréis á verme. Esto es lo que yo dixera sin cortarme.

*Arn.* Pero el niño, el niño.

*Ger.* Nunca creyera que hubiese madres tan crueles.

*Arn.* Alexandro de por fuerza padecerá.

*Ger.* Pobre niño!

*Arn.* El solo causa mi pena.

*Ger.* Teodora no oye las voces, ni de la naturaleza

ni de la amistad. Quereis que la diga con franqueza dos palabras á mi modo?

*Arn.* Qué la direis?

*Ger.* Esa es buena!

señora mia, vuestro hijo no necesita en la tierra sino un buen ayo, un buen ayo, favor que no se dispensa á todos. Si vos le amais, quizás con mayor ternera le ama Arnaldo, y Alexandro le corresponde... Si oyera Teodora lo que este niño dixo hace poco.

*Arn.* Qué era?

*Ger.* Amigo mio: mi ayo está malo... Ved que apénas lo pronunció quando ya echo á llorar... Será fuerza que yo me vaya... No puedo sufrir una tan completa injusticia, y si yo hablase, quizás fuese de manera que empeorase el asunto. Gente viene, quando sea ocasion volveré á veros.

*Arn.* Sí, con efecto, Lucrecia viene aquí. Procuraré ver á Teodora, no sea que mi silencio esta vez como desayre parezca.

### ESCENA III.

*Dicho, Lucrecia, y luego Roberto.*

*Arn.* Podré ver á vuestra ama?

*Luc.* Ahora mismo vendrá ella á esta sala; pero creo que no es ocasion aquesta de que la habléis, pues la ocupa un negocio que interesa mucho mas de lo que vos podais decirle.

*Sale Roberto*

*Rob.* Se acerca

la hora de la funcion; y Juanito solo espera el punto de presentarse á su tia.

*Luc.* La impaciencia manifiesta su cariño: traedle pues con la certeza que será bien escuchada, tanto la pequeña arenga que diga, como su autor.

*Rob.* Sin embargo, no quisiera fuese indiscreto su zelo. Alexandro es bien que sea el primero que este dia se presente. La etiqueta pide que el señor Arnaldo tenga en semejante fiesta el primer lugar.

*Arn.* Yo?

*Rob.* Sí.

*Arn.* Pero hacedme la fineza de decir de qué funcion se trata.

*Rob.* Causa extrañeza que lo preguntéis, sabiendo que este dia se celebran los felices cumpleaños de Teodora: á cuya fiesta tendreis ya muy prevenido á Alexandro.

*Arn.* Ni siquiera le hablé de ello una palabra. Mis cuidados no se emplean en adornar una accion que es sencilla por sí mesma, ni jamás me mezclo en cosa en que la naturaleza es suficiente.

*Rob.* Con todo, el árbol de mas belleza necesita de cultivo. No negareis que esta fiesta nos proporciona á los dos manifestar quáles sean nuestros esmeros en punto de educacion, y dar pruebas de que cuidamos de todo.

Vuestro discípulo es fuerza  
que venga bien advertido.

*Arn.* Repito que ni siquiera  
le hablé de ello.

*Rob.* Hablais de chanza?

Es imposible que crea  
lo que decís.

*Lucrec.* Pues creedlo.

Nunca el señor se chancea.

*Rob.* Quéndo Alexandro olvidase  
que este dia se celebra  
de su madre el cumpleaños?

*Arn.* Perded cuidado: él se acuerda  
de su madre á cada instante,  
y si olvidarla pudiera  
yo no lo consentiria.

*Rob.* Eso es distinto: fué cierta  
mi esperanza, desde luego  
que ayudó la musa vuestra  
á la de Alexandro.

*Arn.* No;

pues ignoro yo que él tenga  
la habilidad de hacer versos.

*Rob.* Es una costumbre esa  
tan recibida....

*Arn.* Es verdad,  
mas todos es bien que sepan,  
que Alexandro es solo un niño  
incapaz de las bellezas  
ni artificio de los versos.  
Manifestar sus ideas  
con sencillez es no mas  
lo que sabe: ni pudiera  
en su edad ser otra cosa.

*Rob.* Sin embargo, la eloqüencia  
del maestro debe adornar  
esa ingenuidad sincera  
de los niños.

*Arn.* La verdad,  
quanto mas simple se muestra,  
tanto mas bella parece.

*Rob.* Me respondeis con dureza,  
quando yo tan solo trato  
de lisonjearos? Qué idéa  
es la vuestra?

*Arn.* Demostrar,  
que inutilmente se empeña

vuestra atencion en honrarme.

*Rob.* Es desairar mis finezas?

*Arn.* Por ver que no las merezco  
quiero dispensaros de ellas.

*Rob.* Advertir que ese carácter  
solo el desprecio os grangea.

*Arn.* A veces ese desprecio  
suele valer mas que aquellas  
atenciones que se logran  
sin motivo.

*Rob.* Pero advierta  
vuestra atencion....

*Luc.* Concluid  
esa disputa tan necia.

*Rob.* Primero debo explicarme.  
Arnaldo, aunque mi franqueza  
igualá á ese disimulo,  
no se opone á que yo sepa  
educar á mi discípulo.

El no aprenderá en mi escuela  
lo que en la vuestra Alexandro;  
con todo, sacará de ella  
las nociones suficientes  
para que en el mundo sepa  
vivir con todos los hombres,  
y sin tener la apariencia  
de un sabio, saberlo ser.

*Arn.* No me opongo á esa risueña  
esperanza que formais  
de Juanito, y porque vea  
su ayo, quán injustamente  
se enoja, voy con franqueza  
á decir mi parecer.

El saldrá de vuestra escuela  
libre de aquellas virtudes,  
que como duras y austéras  
aborrece, y con razon,  
la sociedad que no aprecia  
sino lo superficial.

Eso que llaman firmeza  
de carácter, es el dote  
de los hombres que entre peñas  
pasan su vida. Juanito  
solo tendrá en recompensa  
un orgullo inaguantable.

Despreciará sin reserva  
á los de clase inferior;



y será con la mas bella  
voluntad , un vil esclavo  
del fausto y de la opulencia.  
No apreciará aquellos rasgos  
sublimes que manifiestan  
un verdadero talento;  
pero dirá bagatelas  
que pasarán como gracias.  
No tendrá minguna fuerza,  
ningun vigor en su alma,  
pero serán sus ideas  
brillantes y encantadoras.  
Elogiará quando sepa  
que se ha de granjear elogios.  
Tendrá perfidia y cautela,  
será mal intencionado;  
pero tendrá la apariencia  
de jóven de buen humor.  
En fin , segun vuestras reglas,  
Juan será un hombre perfecto,  
Ya mirais quán lisongera  
es la pintura que os hago,  
y que con causa pequeña  
os habeis incomodado.  
Yo me ausento porque tenga  
fin esta conversacion. *vase.*

#### ESCENA IV.

*Lucrecia y Roberto.*

*Rob.* Se dará tal insolencia!  
*Lucrec.* Y quién ha dado ocasion  
á que hable tantas simplezas  
sino vos? *Rob.* Pero... *Luc.* Callad,  
Preciso es tener reserva  
para nuestros enemigos.  
No se les hace la guerra  
sino en secreto. Jamas  
disputas ni controversias  
en público. Siempre vence  
quien mas disimula. *Rob.* Es esa  
una máxîma excelente.  
*Lucrec.* Ya mirais que la violencia  
de vuestro genio esta vez  
os perjudicó... Se acerca  
*Teodora.* Traed al punto  
á Juanito. *vase Roberto.*

#### ESCENA V.

*Teodora y Lucrecia.*

*Lucrec.* Estais compuesta  
tan pronto! Y qué bella estais!  
Vaya , qualquiera que os vea  
dirá que cumplis veinte años.  
*Teod.* Hablas de veras , Lucrecia?  
*Lucrec.* Os juro que pareccis  
una Diosa: qué viveza  
de color! qué ojos tan negros!  
*Teod.* Acabo de hacer la prueba  
del agua que tú has compuesto.  
*Lucrec.* Ya no me admiro que tenga  
tanto brillo vuestro rostro.  
Si mi agua es estupenda.

#### ESCENA VI.

*Dickas y Alexandro.*

*Alex.* Mamá mia , buenos dias.  
Pensando en vos y en la fiesta  
de este dia , sin dormir  
me llevé la noche entera.  
Mirad aquí el ramillete  
que os traigo.  
*Teod.* Me lisongea *le abraza, y toma*  
tu cariño , amado hijo. *el ramillete.*  
*Lucrec.* Vaya , veamos las bellas  
flores que tanto han costado.  
*Alex.* Qué tienes que decir de ellas?  
No son bonitas? *Lucrec.* Y mucho!  
No soy yo tan indiscreta  
que no las aplauda. *Alex.* Juzgo  
que os burlais... Mamá, esta yerba  
no es hermosa? Entre la nieve  
es la única que se encuentra.  
Quando aquella se derrite,  
al punto se manifiesta  
anunciando la venida  
de la hermosa primavera.  
Mamá , no es verdad que es  
bonita? *Teod.* Sí, mas quisiera  
que no hicieses la locura  
de madrugar á cogerla  
en tiempo de tanto frio.  
*Alex.* Debí por mi mano mesma  
cortarla. *Lucrec.* Juanito viene.

Observad qué gentileza:  
se me figura un Cupido:  
sentaos, y escuchad la arenga.

ESCENA VII.

*Dichos, Roberto, y Juan con un ramo  
de flores de mano.*

*Rob.* La accion desembarazada,  
*aparte á él quando entra.*  
y la voz sonora... empieza.

*Juan se llega, y con la mayor afec-  
tacion dice:*

*Juan.* Para que pueda tan dichoso dia  
mi pecho celebrar, como es debido,  
quiso la musa mia  
que una fábula sea  
la que de sus deseos dé una idea.

Viendo la bella rosa  
que sus tiernos capullos la rodeaban,  
y que por mas hermosa  
las flores por su reyna la aclamaban,  
la tierra despreció, quiso orgullosa  
al olimpo elevarse,  
y en el pecho de Venus colocarse.

Allí veré, decía,  
las gracias bulliciosas,  
los juegos, y las risas que á porfia  
en mil festivos coros juguetean,  
y á la que es madre del amor rodean.

Ven, Cinta, continuó, forma tus lazos,  
y ciñe bien mi vástago florido,  
porque sea conducido  
con suerte venturosa  
al dulce pecho de la mas hermosa.

*Muda de tono, recitando del modo  
mas patético.*

Si el amor mis proyectos patrocina,  
no tardará la aurora peregrina  
en enviar al zéfiro mi hermano,  
que inspirará en el pecho soberano  
de la admirable diosa que venero,  
los sentimientos de mi amor sincero.

*Muda de tono.*

Ved estas bellas flores,  
que explican de mi fábula el sentido,  
quanto decir en ella yo he podido

el pecho me ha inspirado,  
y mi zelo será recompensado,  
si Venus mi holocausto recibiese,  
y á mis votos benigna respondiese.

*Lucrec.* Viva, viva.

*Juan.* Me parece *ap. á Roberto.*  
que lo he dicho bien. *Teod.* Lucrecia,  
qué maestro tan admirable!

*Lucrec.* No cabe en edad tan tierna  
mayor talento. *Teod.* Alexandro,  
cómo, dí, no te avergüenzas  
al ver lo que hace tu primo?  
Cerca de un año le llevas,  
y no haces tanto como él.

*Lucrec.* Ah! Señora, esa advertencia  
no se debe dirigir  
al niño. Si él estuviera  
bien dirigido, sería  
mucho mas hábil por fuerza.  
Dexémos esto, y veamos  
los premios que ea recompensa  
vais á distribuir.

*Dá á Teodora un pañuelo, en el que  
habrá lo que dicen los versos.*

*Teod.* Juanito,  
una fábula muy bella  
has recitado, y así  
nada mejor ser pudiera  
tu premio que este librito,  
que las fábulas encierra  
del célebre La-Fontaine;  
tómale para que leas  
y te diviertas. *Teod.* Miradle  
con cuidado: qué perfecta  
enquadrernacion! que pasta!  
filetes de oro!... De veras  
que es un tesoro, el tal libro.

*Juan.* Mil gracias tia.

*Teod.* Ven, llega, *á Alexandro.*  
hijo mio, que aunque estoy  
contigo algo descontenta,  
tambien quiero regalarte.  
Tú me obsequiaste con yerbas,  
y yo te pago con dulce,  
que sin duda es mas fineza.

*El recibe con algun disgusto, y Juan  
manifiesta su envidia.*

*Lucrec.* Vamos, id á divertiros.  
se los lleva de la mano.

ESCENA VIII.

*Teodora y Roberto.*

*Teod.* Vuestra fábula es tan bella  
y tan fina, que no acierto  
á elogiarla aunque quisiera.

*Rob.* Vuestra aprobacion, señora,  
mi amor propio lisongea.

*Teod.* A pesar del sagaz velo  
no he podido ser tan necia  
que no entendiese el sentido.

*Rob.* Señora... *Teod.* Y aunque no sea  
yo Venus, tambien deseo  
que la aurora á mi presencia  
traiga al zéfiro. *Rob.* Conozco  
que penetrasteis mi idea.

*Teod.* La fábula, y el estado  
de ignorancia en que se encuentra  
un hijo á quien tanto quiero,  
me deciden á que vea  
como cosa necesaria  
apartarle de la escuela  
de un pedagogo ignorante.

*Rob.* Nada que añadir me queda  
á una observacion tan justa.

*Teod.* Propusisteis que admitiera  
á vuestro hermano. Yo fio  
en su talento, experiencia  
y luces... *Rob.* Antes de un mes  
conocereis quán diversa  
es la instruccion de Alexandro.

Con qué gracia se presenta  
en la sociedad; en fin,  
pasar plaza no quisiera  
de ridículo, elogiando  
á mi hermano. *Teod.* Si sus prendas

lo merecen, el elogio  
es justicia. *Rob.* Estad bien cierta,  
que á no ser así, jamas  
á elogiarle me atreviera.

Yo soy muy escrupuloso  
en semejantes materias.

*Teod.* Solo un punto me detiene.

*Rob.* Quál?

*Teod.* Su edad... Dixisteis que era...

*Rob.* Treinta años aun no cumplidos.

*Teod.* Y añadisteis de presencia  
gallardia. *Rob.* No exâgeré  
su retrato. *Teod.* Tales prendas  
son siempre muy buen anuncio.  
Con todo, un jóven que apenas  
tiene treinta años, y es  
tan galan, consigo lleva  
ciertos peligros... Hablando  
con libertad y franqueza,  
tamo dar á mi hijo un ayo  
inconstante en sus ideas,  
frívolo, supersficial!

*Rob.* Señora, la suerte adversa  
convierte en anciano al jóven.  
Aunque indiscrecion parezca  
revelaros sus secretos,  
no debo callar en esta  
ocasion. Mi hermano amó,  
pero amó con mas viveza,  
con mas constancia que se ama  
comunmente. La belleza  
á quien entregó su pecho,  
sin la causa mas pequeña,  
le hizo traicion: él entónces,  
enojado de tan negra  
perfidia, juró no amar,  
y entregándose á las ciencias  
ha cumplido su palabra;  
y no mudará de idea,  
á no ser por un sugeto  
que su corazon merezca.

Ah! no podeis figuraros  
las desgracias y las penas  
que padeció de resultas  
de aquel lance. *Teod.* Me interesa  
su estado. Infelice jóven!

*Rob.* Este rasgo manifiesta  
su carácter: no dudeis,  
que aunque tiene la viveza  
de la juventud, su alma  
ha adquirido la experiencia  
de la edad mas abanzada.  
Pues las desgracias enseñan  
mucho mejor que los años.

*Teod.* Bien decís: en esa escuela  
se forma el hombre.

## ESCENA IX.

*Dichos, y Carlos.*

*Carl.* Teodora,

un asunto que interesa  
muchísimo me ha obligado  
á venir. Te pido audiencia  
á solas por un momento.  
Después de la conferencia  
marcho al instante.

*Roberto se va, Carlos lo nota, y dice.*  
.....Te fuiste?

tanto mejor. *Teod.* A qué esperas?  
qué negocio es?... *Carl.* Dí, conoces  
á Arnaldo?

*Teod.* Cómo! es bien nueva  
la pregunta. Le conozco,  
es un hombre que aparenta  
profunda sabiduría,  
y que prefiere las selvas  
á la corte: es un salvaje,  
y en fin...

*Carl.* Charla lo que quieras,  
que eso no me prueba nada,  
y es necesario que vuelva  
á mi pregunta. Conoces  
á Arnaldo? *Teod.* Ya me molesta  
la pregunta. *Carl.* Dí, conoces  
su alma, sus bellas ideas,  
sus principios, su carácter,  
sus virtudes? solo piensa  
lo que dice, y nunca escribe  
sino lo mismo que intenta  
practicar. No le conoces,  
Teodora, eres una bestia.

*Teod.* Carlos....

*Carl.* Escúchame, y calla.  
Ahora está la mar serena,  
pero si se arma borrasca,  
y me haces recoger velas,  
ya verás lo que soy yo.  
Mira bien si tienes queja  
de Arnaldo, porque no sigues  
tus pasos, y no te obsequias  
con baxas adulaciones.  
Pero loca, considera,  
que ese hombre no está en tu casa

por tí, para que lo sepas,  
sino por tu hijo, á quien amo.  
Enfádate lo que quieras,  
pero la cosa es así.

*Teod.* Con qué tienes la imprudencia  
de insultarme? *Carl.* Poco á poco.  
Ahora la nave se encuentra  
sobre la ancla. Mas si sale  
á alta mar, decir pudiera  
otras cosas mas picantes.  
Por exemplo, dí, en qué piensas?  
Cómo gobiernas tu casa?  
No sabes que no hay en ella  
un criado que no copie  
tus locuras, y no quiera  
desairar al pobre Arnaldo?  
No te mueres de vergüenza  
de haber dado tal exemplo?  
Quiéres tú seguir las huellas  
de los padres ignorantes,  
que tratan sin consecuencia,  
y qual si fuese un lacayo  
al hombre á quien encomiendan  
la educacion de sus hijos?  
Al hombre que desempeña  
esta ocupacion sagrada,  
que ellos por sí no supieran  
cumplir, y que por lo mismo  
merece la recompensa  
mayor? Arnaldo, señora,  
quando á vuestro hijo enseña  
merece el mismo respeto  
que su padre mereciera.  
Despreciar á un hombre así  
es la mayor insolencia  
que puede darse: un escándalo  
insufrible. Vengan, vengan  
á mi vista tus criados,  
que por las ventanas esas  
los arrojaré á la calle.  
Hay cuadrilla mas completa  
de tunantes?... Voto va!

*Teod.* Carlos, qué voces son esas,  
qué amenazas? *se levanta.*

*Carl.* Oye, *Teod.* No,  
tu extraordinaria demencia  
me obliga á huir á mi quarto. *vase.*

*Carl.* Ola, te vas? Pues no creas que evitarás la batalla. Sufrirás aunque no quieras el abordage... sí...

### ESCENA X.

*Dicho, y Alexandro.*

*Cárlos, va á entrar al quarto de su hermana, y el niño le detiene.*

*Alex.* Tío...

*Carl.* Déxame, no me entretengas que estoy de prisa. *Alex.* Tambien yo lo estoy... decid qué era aquello que me ofrecisteis?

*Carl.* Ya hablaremos quando vuelva.

*Alex.* No señor, decidlo ahora.

Estoy con tanta impaciencia por saberlo. *Carl.* El bribonzuelo no querrá soltar la presa, sino se lo digo. *Alex.* Vamos, decidme qué cosa era?

*Carl.* Pues suéltame. Es un caballo.

*Alex.* Cómo? Un caballo de veras?

*Carl.* Sí, un caballo muy hermoso.

*Alex.* Y vivo? No de madera?

*Carl.* Vivo, que galopará, y correrá quanto quieras.

*Alex.* Qué galopará! hay qué gusto! patatra... patatra...

*corre imitando al caballo.*

*Carl.* Miétras se queda entretenido me marchó. *vase.*

### ESCENA XI.

*Alexandro y Juanito.*

*Juan.* Por qué das tales carreras? qué tienes? *Alex.* Ay primo mio, qué felicidad, si vieras?

Me regalan un caballo, pero un caballo de veras: hermoso animal! *Juan.* Y es eso por lo que tanto te alegras?

Sabes montar á caballo?

*Alex.* Ya he dado muchas carreras

por el campo. *Juan.* Y no te caes?

*Alex.* Qué me he de caer? simpleza.

Y sin parar he tirado una pistola... Pun. *Juan.* Piensa en que una pistola mata.

No, tenias miedo siquiera?

*Alex.* Yo miedo? Al salir el tiro nunca vuelvo la cabeza.

Yo miedo? Qué bobería.

Válgame Dios, quando tenga mi caballo que contento!

*Juan.* Vaya, vaya, que te obsequian grandemente. Ahora un caballo,

antes dulces. *Alex.* Bagatela, qué valen los dulces? *Juan.* Mucho.

Los comistes? *Alex.* Ni siquiera he desenvuelto el papel.

Yo no sé por qué te quejas, quando te diéron un libro.

*Juan.* Muy hermoso. *Alex.* Si quisieras enseñármele. *Juan.* Sí: escucha.

Sin que ninguno lo sepa,

quieres cambiar. *Alex.* Por tu libro mis dulces? Enhorabuena.

*Juan.* Pero que no hables palabra, porque luego... *Alex.* Bien: no temas,

toma mis dulces, y dame lo hacen el libro. *Juan.* En la faltriquera

guárdatele en el instante.

*Alex.* Bien está.

*Juan.* Es que no quisiera que me llamasen goloso.

*Alex.* Yo haré que nadie le vea.

*Vanse Juan mirando sus dulces, y Alexandro guardando su libro, que*

*deberá estar envuelto en un papel escrito.*

### ACTO III.

*La misma decoracion.*

### ESCENA PRIMERA.

*Lucrecia sola.*

*Lucrec.* La tristeza de Teodora comienza á darme cuidado.

*Dicha y Roberto*

*Rob.* Lucrecia?

*Lucrec.* Qué es eso? *Rob.* Estamos perdidos.

*Lucrec.* Pues qué sucede?

*Rob.* Una desgracia. *Lucrec.* Veamos cuál es, hablad. *Rob.* Que la carta que yo escribia á mi hermano se me ha perdido.

*Lucrec.* Ay Dios mio!

*Rob.* Me tiene desesperado este accidente. Qué haremos?

*Lucrec.* No precipitarse. Vamos por puntos: dónde pusisteis esa carta? *Rob.* La he dexado sobre mi mesa metida dentro de mi cartapacio donde pongo mis papeles. Quién de allí la habrá quitado?... Si lo supiera... *Luc.* Dexemos amenazas, y atendamos á exâminar el asunto.

Mirasteis por vuestra mano

todos los papeles? *Rob.* Sí:

uno por uno he tocado todos quantos hay: ya veis que me importa demasiado para no mirarlos bien.

No lo dudeis la han quitado.

*Luc.* Quién ha subido, después que la dexasteis, al quarto?

*Rob.* Nadie, sino estando yo delante, pues siempre guardo la llave. *Luc.* Miradlo bien.

*Rob.* Ya lo tengo bien mirado. A no ser que sea Juanito, ninguno del cartapacio pudo sacarla. *Lucrec.* Creeis que él sea? *Rob.* Si otro no hallo, en quien sospechar.

*Lucrec.* Id pronto á buscarle. *Rob.* Voy volando.

*Lucrec.* Pero no: aguardad un poco, si es verdad que está culpado huirá de vos: mejor es

Guarda silencio conmigo quando siempre me ha franqueado su corazon. Qué será? si acaso el señor Arnaldo se quejó á su protector, y éste á su hermana, habrá hablado con su acostumbrado tono? Como esto sea, no es malo, pues si el fin ha de lograrse, considero necesario un rompimiento formal entre los dos. Será acaso esta tristeza que noto solamente un resultado de la última conferencia entre mi ama y su hermano! O si la naturaleza acaso se habrá explicado en su corazon, y teme que salga de casa Arnaldo, conociendo que es tan útil para educar á Alexandro? No, esto no será. Tambien yo adelanto demasiado. Nunca á la naturaleza escuchó Teodora. Acaso todo esto dimanará de lo que está batallando su imaginacion. Es fácil que el jóven que para Ayo la han propuesto, él vé que llega el momento de hablar claro, y hacer frente á su familia: ese inexôrable hermano á quien teme: aquel amante que tambien está esperando el bien que aguarda, el recelo de que no puede lograrlo sino con oposicion. Con todo, esto tiene hartos para estar de mal humor. Ya juzgo que he adivinado el secreto... mas quién viene?

que le llame algun criado.

*Toca la campanilla y sale un criado.*

Serenaos miéntras viene,  
y juntos le exâminaremos.

*Sale el criado.*

*Lucrec.* Llamad al niño, Juanito.

*Vase el criado.*

Quanto mas estoy pensando  
en el lance, ménos veo

con qué fin habrá tomado

esa carta. *Rob.* Con el fin

de enredar. El es un diablo

que no dexa cosa á vida.

Rompe y desordena quanto

halla á tiro. *Lucrec.* Y suponiendo

que él sea quien la ha quitado,

que puede haber hecho de ella?

*Rob.* Yo no sé: la habrá enseñado

á quien le haya dado gana.

*Lucrec.* Sabeis si despues ha estado

en el quarto de su tia?

*Rob.* No lo sé.... Qué estais pensando?

*Lucrec.* Muchas cosas, y ninguna

favorable.... Siento pasos,

y es Juanito. Pues sabeis

el hecho, hacedle los cargos

por vos mismo.

### ESCENA III.

*Dichos y Juanito. Roberto le coge de la mano con aspereza. El niño manifiesta en toda la escena malicia y disimulo.*

*Rob.* Ven acá.

Es este el fruto que saco

de mis sábias instrucciones?

Faltas á lo que he mandado

tantas veces....

*Juan.* Pues yo qué hice?

*Rob.* No te he advertido, malvado,

que jamas á mis papeles

llegues? *Juan.* Pues sino he llegado

á ellos. *Rob.* A mentir te atreves

con semejante descaró

en mi presencia? *Juan.* No miento.

*Rob.* Yo te hubiera perdonado

que quitases el papel:

pero mentir.... *Juan.* No he quitado  
ningun papel: no señor.

*Rob.* Cómo, bribon! No has sacado  
del cartapacio una carta?

*Juan.* Es mentira. *Rob.* Descarado,  
ya veras...

*Le amenaza, y él corre á ponerse detras  
de Lucrecia.*

*Juan.* Si me casais,

llamo á mi tia. *Rob.* Malvado,

aguarda. *Juan.* Ti....

*Lucrec.* Perdonadle.

Vaya que habeis olvidado

que nos recitó su fabula

como un ángel. Es extraño

castigar á un niño que hace

estas cosas. *Juan.* No: si acaso

viene á pegarme, á mordiscos

le acribillaré las manos.

*Lucrec.* Calla querido y escucha.

Lo que ha enojado á tu Ayo

es que mientas de esa suerte.

Sabemos que tu has tomado

el papel, porque yo ví

como tú del cartapacio

le sacabas. Esto no es

una gran falta. Veamos

cómo logras tu perdon

ingenuamente contando

la verdad. Mira, si lo haces

ahora mesmo te regalo

esta caxa de pastillas.

*La saca de la cómoda.*

Vamos amiguito, vamos,

habla la verdad. Roberto,

ahora vereis quán en vano

le sospechais embustero.

*Rob.* Ven aca, bribon, dí, cuándo

le quitaste?

*Lucrec.* Qué pregunta!

Quándo? Tenia en la mano

el relox para saberlo?

Esta mañana temprano

ha sido... No es la verdad?

*Juan hace seña con la cabeza de que sí.*

*Lucrec.* Veis como lo va contando?

Y dime, el papel estaba en latin? *Juan.* No sé.

*Lucrec.* Es extraño no le leyeses. Yo sé que eres curioso, y mirando un papel... *Juan.* No le leí.

*Luc.* Bien: lo creo. *Rob.* Pero vamos, qué hiciste de ese papel, acaso le has enseñado?

*Juan.* A nadie. *Lucrec.* A tu tia?

*Juan.* No.

*Lucrec.* Te quiero dar un abrazo por la noticia. Qué hiciste del papel?... Habla.

*Juan.* Hize... un barco.

*Lucrec.* Un barco? Me alegro mucho, eso seria pensando divertirte. *Juan.* Si señora.

*Lucrec.* Muy bien. Y á donde has dexado tu barco. *Juan.* Le eché á nadar en el estanque. *Lucrec.* Y acaso tu primo te acompañó?

*Juan.* No señora... pero el barco se caló y se undió.

*Lucrec.* Muy bien.

No sabes ese naufragio del peligro que nos libra. *ap.*

Y dime, lo que has contado es la verdad? *Juan.* Si señora.

*Lucrec.* Roberto, ya veis probado que el niño no es embustero, por lo mismo le regalo las pastillas, y os suplico no conteis lo que ha pasado á nadie: ni aun á su tia: estais? *Rob.* Yo por agradaros callaré... mas merecia..

*Lucrec.* Nada, nada, ya quedamos amigos. Juanito vete á jugar; pero cuidado que tú has de callar tambien este lance, pues si acaso se supiese te dirian que eres un niño muy malo, enredador, revoltoso.

*Juan.* Yo eallaré, no hay cuidado.

*Lucrec.* Vaya, pues, vete á jugar.

*Juan.* Cáspita! si yo he contado *ap.* que en su carta envolví el libro, que con mi primo he trocado, buena zorra me aguardaba. Me alegro haberlo callado.

*Vase haciendo gestos á su ayo.*

*Lucrec.* Vaya, baxad al instante al jardin, y procurando que nadie os vea, sacad en el momento ese barco.

*Rob.* Voy hacerlo. *vase.*

#### ESCENA IV.

*Lucrecia sola.*

*Lucrec.* Por lo ménos ya salimos del cuidado, El niño dixo verdad, á nadie le habrá enseñado; gracias á Dios que al papel dió este destino: sepamos que el plan mejor dirigido, mas fino y mas combinado puede el menor accidente frustrarle. Pues á qué aguardo? Es preciso despacharse, y poner la última mano en el asunto. La suerte nos favorece: sepamos prevenir sus muchas vueltas el momento aprovechando.

*Vuelve la cara, y ve venir á Teodora muy pensativa: ella se retira diciendo á media voz,*

Teodora viene: dexemos que hable primero, y sigamos segun el tono en que empieze.

#### ESCENA V.

*Dicha y Teodora.*

*Teod.* Los que mas hubiera amado son precisamente aquellos á quienes temo. Que estado tan infeliz es el mio! solo me consuela el llanto.

*Lucrec.* Mas si hablará de Roberto *ap.*



y de mí. *Teod.* Hombre tirano...  
*Luc.* Por su hermano habla. *ap.*

*Teod.* Qué modo tan violento é inhumano de mostrar el interes que por mí toma. *Lucrec.* Salgamos á descifrar el enigma de una vez... Estais llorando, *sale á Señora?* Qué teneis? *la escena.*

*Teod.* Penas.  
*Lucrec.* Vencerlas es necesario, y no entregarse al dolor. Vuestras quejas he escuchado desde esa pieza, y no quise interrumpiros pensando gustariais de estar sola. Pero me he determinado á salir, por si mi zelo puede aliviarnos en algo.

ESCENA VI.

*Dichas y Roberto.*

*Lucrec.* Retiraos, que está triste, *ap.* y vuestra presencia acaso *á él.* la incomodará. *Rob.* Sabed que el estanque he registrado, pero está el agua tan turbia que nada se ve. *Lucrec.* Templaos, y disimulad, que yo voy á dar la última mano al asunto. *Rob.* Qué imprudente fui! *vase.*

ESCENA VII.

*Dichas ménos Roberto.*

*Lucrec.* Vaya, dexad el llanto, y busquemos el consuelo. Yo bien sé que vuestro hermano tendrá la culpa de todo, y que en favor de su ahijado os hablaria del modo que suele: él habrá excitado esa pena. No es verdad?  
*Teod.* Es cierto, Carlos me ha hablado. Mis mayores enemigos jamas hubieran osado

decirme lo que él me dixo; la paciencia me ha faltado para escucharle. Con todo, á pesar de este quebranto otro mayor me atormenta. Ah! por experiencia hallo que me cercan unas penas en que nunca habia pensado.

*Lucrec.* Sino fuera indiscrecion preguntar... No sea acaso imaginario ese mal.

*Teod.* No amiga, no: demasiado cierto es. *Lucrec.* Yo no os entiendo, será que está amenazado vuestro caudal de sufrir alguna pérdida.

*Teodora con una sonrisa que Lucrecia da muestras de conocer.*

*Teod.* Oh, quanto te apartas de la verdad. No, mi caudal está en salvo.

Otra pena es. *Lucrec.* Acabemos, hago mal en preguntarlo quando lo puedo saber.

*Teod.* Cómo, Lucrecia? *con viveza.*

*Lucrec.* Formando con los naypes aquel juego, aquel de que ya os he hablado otras veces. Ya vereis que no hay secreto ni arcano que no descubra la suerte.

*Teod.* Bien: forma el juego. Veamos si es verdad lo que me anuncias.

*Lucrecia llega a la mesa, saca la baraja. Teodora se sienta enfrente manifestando su sorpresa ó sus esperanzas segun el sentido de los versos.*

*Lucrec.* No lo ha de ser? En mi mano está el libro de secretos, contemplad que es necesario saber de un modo ó de otro lo que nos prepara el hado. Si es malo para poderlo evitar, y si al contrario, nos aguarda buena suerte, la gozamos de antemano estando seguros de ella.

Como el tiempo va pasando,  
y vemos llegar la dicha;  
mas la vamos disfrutando,  
de modo, que la esperanza  
es igual en este caso

á la posesion. Creed  
que este juego no ha fallado  
ni una sola vez siquiera.

Ved la baraja en mi mano,  
soplad sobre ella, Señora. *ella lo*

Muy bien: pero habeis soplado *hace.*  
con entera voluntad?

*Teod.* Sí por cierto.

*Lucrec.* Pues bien: vamos  
á comenzar... Pobre tonta,

vas a ser en este caso

víctima de tu ignorancia.

Jamas hubiera pensado  
que hubiese muger tan crédula.

*Teod.* Qué dices? Qué estás hablando

entre dientes? *Lucrec.* Son palabras

que si las dixesen alto  
de nada sirviera el juego.

Y que no miento.

*Teod.* Ya aguardo

con impaciencia que empieces.

*Lucrecia baraja los naypes con todas  
las ridículas ceremonias que usan los  
charlatanes. Los coloca en semicírcu-  
lo, y encorvándolos suelta algunos  
de ellos sobre la mesa segun dicen  
los versos.*

*Lucrec.* Poco á poco. Es necesario

no ir de prisa en este juego,

pues si estando barajando

los naypes se me cayesen,

era el anuncio mas malo

que se podia esperar.

Alzad, pero con la mano

izquierda. *Teod.* Ya está.

*Lucrec.* Reuno

la baraja. Ved qué palo

elegis, bastos ó copas. *Teod.* Copas.

*Lucrec.* Lo habeis acertado,

pues las copas son felices,

y muy funestos los bastos.

Qué carta quereis que sea

la que sirva á declararos

el pensamiento? *Teod.* La sota

de copas. *Lucrec.* Se me ha escapado  
de la mano por sí misma.

*Teod.* Qué decis?

*Lucrec.* Ya estais mirando

que la suerte os favorece.

Animo pues, y atendamos

á las cartas que la siguen.

*Teod.* El tres de espadas, el quatro

de copas..... ahora el as de oros.

*Lucrecia se pára, y dice como con gran  
interes mirando las cartas que han  
salido.*

*Lucrec.* No recibisteis recado

ni aviso? *Teod.* No.

*Lucrec.* Ni tampoco

un papel os enseñaron

que dixese... *Teod.* No por cierto,

de ningun papel me hablaron.

*Lucrec.* Vaya, no ha visto la carta *ap.*

de Roberto, y ha contaço

la pura verdad Juanito.

*Teod.* Qué hablas?

*Lucrec.* Estoy estudiando

lo que me dicen las cartas.

Voy á unir las en mi mano,

y á leer precisamente

lo que vos estais pensando.

*Va juntando las cartas de tres en tres,  
y diciendo.*

*Lucrec.* Vendrá un hombre á vuestra casa,

que será jóven gallardo,

aunque pobre y perseguido

por la suerte..... Meditando

estais en él noche y dia,

pues temiendo el arriesgaros

á hacer alguna imprudencia,

vuestra alma esta batallando

entre si es bueno admitirle...

*Teod.* Lucrecia, qué estás hablando?

Es un sueño! *Lucrec.* Solo digo

aquello que voy mirando

en las cartas. *Teod.* En las cartas

lo ves..?

*Lucrec.* Del modo mas claro.

*Teod.* Y ese hombre vendrá á mi casa?

*Lucrec.* Mirad aquí el seis de bastos  
que indica feliz viage.

*Teod.* Puedes decir cuántos años  
tiene ese jóven? *Lucrec.* Al punto,  
porque nada es reservado  
á este juego. Quatro y tres  
son siete; el ocho y el quatro  
doce.... uno y diez once... Tendrá  
como treinta años escasos.

*Teod.* Treinta años!

*Lucrec.* Aun no cumplidos.

*Teod.* Que admiracion! es un pasmo,  
un asombro! *Lucrec.* Permitid  
que continúe explicando  
lo demas. Hay un sugeto  
que está muy bien retratado  
en el caballo de espadas,  
hipócrita, necio y vano,  
que se opone á la venida  
de éste jóven, procurando  
que entre los dos se interponga  
una persona.

*Teod.* Es mi hermano *con viveza,*  
esa persona. *Lucrec.* Seguro,  
miradle aquí retratado  
en el rey. El dos figura  
vuestra casa; pero hallamos  
que entre la sota de copas,  
la que vos habeis nombrado  
desde el principio, y la casa  
se interpone este caballo,  
y despues se sigue el rey;  
por manera que notamos  
que al caballo favorece  
y ayuda este rey de bastos.  
Pero junto á vos está  
la sota de oros. *Teod.* Sepamos  
qué significa. *Lucrec.* Una amiga,  
cuyo zelo figurado  
está en el oro. Esta es  
la que puede aconsejaros  
lo que debeis resolver.

*Teodora se levanta como fuera de sí,  
y la abraza.*

*Teod.* Lucrecia, ven á mis brazos.

Tú eres esa amiga. *Lucrec.* Yo?

*Teod.* No lo dudes, has llegado

á descubrir los secretos  
de mi alma. Será en vano  
que te oculte cosa alguna.  
Ese jóven de treinta años  
no cumplidos es el mismo  
que me han propuesto para ayo  
de mi hijo: mas yo temo  
la cólera de mi hermano,  
y lo que todos dirán  
de mi conducta, si acaso  
traigo á mi casa ese jóven.  
Su talento está probado,  
su conducta irreprehensible;  
pero es buen mozo, gallardo,  
amable: ya ves, Lucrecia,  
que dirán en este caso,  
que para ayo de mi hijo  
á casa un amante traigo,  
un esposo.... Yo te juro,  
que solo el bien de Alexandro  
me interesa; pero al fin  
debo mirar con despacio  
mi opinion entre las gentes,  
y así me ves batallando  
con mil dudas. Dime tú  
lo que he de hacer.

*Lucrec.* Yo no acabo  
de admirarme. Digan luego  
que en los naypes no encontramos  
sino unas mudas figuras.  
No es verdad que he adivinado  
lo cierto? *Teod.* Al pie de la letra.

*Lucrec.* Pues ahora solo atendamos  
á saber qué decision  
será la vuestra. No os hablo  
de Arnaldo, ni ménos quiero  
nombrar ahora á vuestro hermano.  
Esto es una bagatela.  
Dad mil gracias á los hados  
que os van á librar de un necio  
y de un orgulloso. En quanto  
á lo que el público diga  
no debeis tener reparo.  
Críticas sin fundamento  
ellas se van disipando  
por sí mismas. Y ese jóven,  
aunque sea amable y gallardo

al fin á la casa vuestra  
solo viene como ayo.

*Teod.* Yo tan solo pienso en él  
baxo ese respeto. *Lucrec.* Vamos,  
sea despues lo que fuere,  
nada importa. Si él, acaso  
logra vuestra estimacion,  
es justo debais privaros  
de un amigo verdadero  
por el temor insensato  
de lo que hablarán los otros?  
Si despues llega á explicaros  
su pasion, si como esposa  
os pretende, que hay de malo  
en que le admitais? *Teod.* Lucrecia,  
mucho te has adelantado.  
Esas cosas me parece  
que no las habrás mirado  
en los naypes. *Lucrec.* Mas las miro  
en vos misma. Qué apostamos  
á que en viendos ese jóven  
al punto queda prendado,  
no solo por la belleza,  
que esa todo hombre sensato  
la pospone á aquellas prendas  
del alma que lucen tanto  
en vuestro amable carácter.  
No hay una acción, no hay un rasgo  
que no os grangee el aprecio  
de todos. El dulce encanto  
de vuestra amabilidad.  
Esa alegría, ese agrado  
para todos, ese fondo  
de sensibilidad... Vamos,  
no dudéis que apenas venga  
á vuestro lado ese ayo  
pasará á ser vuestro amante.

*Teod.* Quanto me estás anunciando  
es un sueño, pero al ménos  
es delicioso. Lo que hallo  
de verdad es, que tú sola  
con interes has mirado  
mis asuntos... Sé que me amas.

*Lucrec.* Ah, sí señora que os amo,  
y por lo mismo es preciso  
que en el proyecto entablado  
os favorezca. En él solo

consiste podais libraros  
de un pedanton que no instruye  
á vuestro hijo Alexandro,  
de un hermano que os maltrata  
y pretende gobernaros...  
En fin, señora, llegó  
el instante deseado  
de entablar en vuestra casa  
una paz sólida, dando  
á vuestro hijo un director  
que le eduque con cuidado  
y prudencia; de manera,  
que sea luego un dechado  
de jóvenes instruidos.  
Me parece que he tocado  
el punto principal. *Teod.* Sí.  
La educacion de Alexandro  
es lo primero en que pienso.  
Todo lo demas que hablamos  
son castillos en el ayre.

*Lucrec.* Oh, no señora! no tanto;  
pero en fin tan solo el tiempo  
lo dirá. Por ahora os hallo  
decidida á resolver.  
Es fuerza que salga Arnaldo  
de casa hoy mismo.

*Teod.* Lucrecia,  
hoy mismo? *Lucrec.* Quereis acaso  
que se quede en casa?

*Teod.* No.

*Lucrec.* Pues siendo así, qué esperamos?  
Mirad que es martes mañana,  
y si en día tan aciago  
sale de casa, temed  
resulten efectos malos  
de su salida. *Teod.* Bien dices.  
Que se vaya de contado.

*Lucrec.* Dos letras de buena tinta  
bastarán para librarnos  
de su presencia, yo voy  
á escribirlas por mi maño.

*Dice segun va escribiendo.*

“Tengo razones muy poderosas para  
no confiar á otro ayo la educacion de mi  
hijo, y así podreis retiraros á vuestra  
casa, viviendo seguro de que os esti-  
mo, como merecis.”

Venid á firmar señora,  
y mostrad en este caso  
que sois dueña de vos misma.  
Por Dios que sí nos dexamos  
gobernar, siempre seremos  
infelices. *Teod.* Ya he firmado.

*Lucrec.* No estais ahora mas alegre?

*Teod.* Parece que me he librado  
de un peso.... Dices muy bien.  
Yo me humillo demasiado.

*Lucrec.* Y haceis por cierto muy mal.  
Voy á llamar un criado  
que lleve vuestro villete  
al filósofo. Yo aguardo  
que pronto se marchará,  
y perderá vuestro hermano  
las esperanzas. *Teod.* Dispon  
lo que quieras: yo en mi quarto  
te aguardo con las resultas.

*Lucrec.* Oh, no es tiempo de dexaros  
sola! No dudeis señora  
que volveré á acompañaros.

*Teod.* Mucho te lo estimaré. *vase.*

*Lucrec.* Ya está despedido Arnaldo,  
y mi proyecto comienza  
á cumplirse. En fin, triunfamos,  
gracias á la necesidad  
de mi ama, que ha pensado  
que lo mismo que sabia  
iba en los naypes mirando.

## ACTO IV.

*El teatro figura una sala de la casa  
de Gerardo. A un lado una mesa, y  
sobre ella un par de pistolas. Arnal-  
do sentado, y apoyada la cabeza en  
la mano. Gerardo junto á el bastidor  
dice los primeros versos, y luego  
sale Tomasa.*

### ESCENA PRIMERA.

*Arnaldo, Gerardo, Tomasa.*

*Ger.* Tomasa, Tomasa, pronto.

*Tom.* (*Sale*) Allá voy. Jesus qué ruido,

parece que yo soy sorda,  
pues sabed que no he tenido  
ese defecto. *Ger.* Muy bien;  
pero yo tengo ahora mismo  
el defecto de traer  
mucha gana, y es preciso  
que nos dispongais la cena  
para los dos. *Tom.* Qué capricho!  
Nunca cenais. *Ger.* Pues ahora  
quiero hacerlo.

*Tom.* Y no habeis dicho  
palabra. *Ger.* Si llego ahora  
cómo podia decirlo  
antes? *Tom.* Graciosa respuesta.  
Pero el señor, vuestro amigo,  
por qué no me lo advirtió,  
y no estarse pensativo  
y melancólico? Miren  
á qué hora lo han advertido  
sin tener en casa nada.

*Ger.* Vaya, vaya, pocos gritos,  
y disponed qualquiera cosa;  
con poco hay bastante. *Tom.* Lindo,  
eso es decir que no valgo  
para nada. *Ger.* Quién lo ha dicho?

*Tom.* Yo os presentaré una cena  
mejor que pensais. Bonito  
es mi genio para atarse  
por nada. *vase.*

*Ger.* Me felicito  
de que así sea: marchad.

### ESCENA II.

*Dichos ménos Tomasa.*

*Ger.* Ya por fin querido amigo  
estais en mi casa. En ella  
espero sereis servido  
como en la vuestra. Contad  
enteramente conmigo,  
y despreciad esas gentes  
que acaban de despediros  
de la suya. Qué ignorantes!  
No saben que por vos mismo  
podeis subsistir sin ellos.  
Un sabio, un hombre tan digno  
de estimacion, no se abate

á mendigar de los ricos  
un pasagero favor.

*Arn.* Querido Gerardo, estimo  
tanto esas buenas ofertas,  
quanto la opinion que miro  
teneis formada de mí.  
Yo he bastado, amigo mio,  
para vivir por mí solo.  
No espero, no necesito  
el favor de la opulencia,  
ni siento lo que he perdido;  
solo siento el paradero  
de Alexandro. *Ger.* Sin motivo  
os separan de su lado.

Quánto llorará este niño  
vuestra salida! *Arn.* Temiendo  
que sus llantos y suspiros  
no me ofreciesen recursos  
para burlar sus designios,  
no me permitiéron verle  
en toda la tarde. *Ger.* Impíos!  
Qué tuviesen la crueldad  
de negar hasta el alivio  
de que os despidieseis de él?

*Arn.* No amigo, no han permitido  
que le vea. *Ger.* Qué injusticia  
tan exêcrable! Es preciso  
que llore mucho Alexandro  
quando sepa os ha perdido  
para siempre. *Arn.* Le dirán  
acaso que yo he salido  
á hacer ciertas diligencias,  
mas que volveré de hijo  
mañana; luego mañana  
tendrán tambien prevenido  
otro engaño; y finalmente,  
el que es dócil y sencillo  
se dexará convencer.

*Ger.* Pobre inocente! Me admiro  
cómo esas infames gentes  
le llevan al precipicio  
con tanta serenidad.

*Arn.* Oh, amigo, si huvieseis visto  
qué baxezas, qué insolencias  
en este dia he sufrido!  
Los criados cuchicheaban  
junto á mi quarto... el designio

se dexaba conocer.

Solo miraban sus tiros  
á que yo saliese pronto:  
ya sus fines se han cumplido.

*Ger.* Ah, qué gavilla de infames!  
Tomad el consejo mio,  
y olvidadlos para siempre.

*Arn.* Distingamos. No he querido  
dar paso alguno guiado  
á retardar el designio  
que formáron. He juzgado  
que respetar es debido  
el derecho de una madre,  
que imagina que ha sabido  
lo que se hace, en despedirme,  
y de su casa he salido  
con dignidad. Mas no puedo,  
no puedo, querido amigo,  
olvidarme de Alexandro.

Ah, las prendas de este niño,  
su corazon generoso,  
me daban seguro indicio  
de formar de él un gran hombre,  
mas la ignorancia y el vicio  
le corromperán. *Ger.* Teneis  
por ventura algun advitrio  
para volver á su lado?

*Arn.* Carlos me queda. Le he escrito  
miéntras vos estabais fuera.  
No dudo que á favor mio  
hable á su hermana. Siete años,  
sí siete años consumidos  
en educar á Alexandro  
no han de tener tan indigno  
premio. Volverá mi amado  
á mis brazos? *Ger.* Imagino  
que os degradais en pensar  
de ese modo. Habiendo visto  
que Teodora y sus criados  
os maltratan, qué designio  
es el vuestro en pretender  
ir á su casa. Yo os digo  
la verdad, mas si este lance  
hubiese sido conmigo,  
ántes perdiera la vida  
que volver. *Arn.* No contradigo  
vuestra opinion. Es muy justo

que uno mire por sí mismo en ciertos casos. Conozco que un insulto decidido despierta nuestro amor propio, y abraza con regocijo el proyecto de venganza. Pero yo quanto he sufrido lo olvido en este momento. Solo á Alexandro no olvido, oygo una voz en mi pecho que dice : *Salva este niño de la ruina que le aguarda.* Ved aquí todo el principio que me obliga á obrar. Desprecio esos viles artificios de una familia insolente. Unos criados indignos de estimacion, no merecen ni aun mi enojo. Si exâmino la conducta de su ama, tan solo digna la miro de compasion. El vengarme de ella sería un delirio. Castigaré en Alexandro los errores y extravíos de su necia madre? *Ger.* Bien, mas yo pienso de distinto modo. Digo con franqueza, que mí genio es vengativo como un perro. Por vengarme de esa madre, hasta su hijo sacrificára. Es verdad que el niño queda perdido, pero qué importa? Despues mas cruel será el martirio de Teodora; y sobre todo, qué importa se pierda un niño, y salga despues un hombre, como tantos que hemos visto, que prometian ser mucho, y despues... *Arn.* Querido amigo, qué decís? Cómo, qué importa un niño?... Qué, en este siglo hay tantos hombres capaces de tener el nombre digno de hombre? Ah, son tan pocos! Tan pocos, que es un delirio

no sentir el que se pierda uno solo.

*Le coge de la mano, y sigue con el mayor entusiasmo.*

..... Si el destino os arrojase á una isla desierta, en cuyo recinto no se encontrase una planta, y acaso en vuestro bolsillo por casualidad hallaseis un solo grano de trigo, qué esperanzas alhagüenâs concibierais? Qué designios tan vastos? En aquel punto mirarais ya todo el sitio lleno de abundantes mieses: cabârais con regocijo la tierra. Echârais en ella aquel grano peregrino, aquel tesoro bastante á sustentar por sí mismo á innumerables familias. Con qué cuidado exquisito prepararais la tierra atento á ver el principio de salir el tierno vástago. Irais sin cesar al sitio en que sembrasteis el grano. Le limpiârais advertido de quanto dañar pudiese; en fin, ya le veis nacido: el tiempo pasa, y la espiga se madura. Amigo mio, cada grano de ella es un tesoro que ha nacido de aquel grano. Ya teneis en ese desierto trigo, ya teneis vuestro alimento. No olvideis que habeis debido al grano que ántes hallasteis tan singular beneficio. Así crecia Alexandro á ser en lo sucesivo un hombre capáz de hacer á muchos felices. *Ger.* Digo que teneis mucha razon.

## ESCENA III.

*Dichos y Tomasa.*

*Tom.* Ya todo está prevenido en la pieza de comer, y ya he enviado á Francisco por los postres. Vaya, vamos, que se enfria. *Ger.* Amigo mio, hagan pausa las tristezas, y cenad con apetito y buen humor. *Arn.* No es posible, pues siempre llevo conmigo *llaman.* mis penas... Pero llamáron.

*Tom.* Marchad que será Francisco.

*Ger.* Otra vez llaman, muchos campanillazos.

*Tom.* Por cierto que traen priesa... Qué ruido! Voy á ver quién es. *Ger.* Extraño este alboroto... Qué miro! Alexandro.

## ESCENA IV.

*Dichos y Alexandro que abraza á Arnaldo.*

*Alex.* Arnaldo, en fin os encontré. *Arn.* Amado hijo, tú aquí?

*Alex.* Para no apartarme jamás de vos. Me han salido mis conjeturas. Si vieseis cuántas calles he corrido para encontrar esta casa.

*Arn.* Ah, cómo con tu cariño me recompensas! Mas, dime, cómo es esto que has venido solo? *Alex.* Como me he escapado de casa. *Arn.* Y te has atrevido á hacerlo? *Alex.* Pasé tres horas sin veros; entretenido de intento por los criados; ya por fin de ellos me libro, subo á buscaros, no os hallo, pregunto, y ninguno miro que me quiera responder donde estais. Por fin, me dixo

Lucrecia que habiais marchado por el caballo que el tio me ofreció: no lo creí, marché al quarto de Domingo, aquel buen viejo que os quiere con extremo, y por lo mismo le aborrecen los demas.

Pues éste me dixo: niño, tu ayó se fué para siempre; eché á llorar al oirlo, y aun todavía no creo que os veo... *llora.*

*Arn.* Alexandro, hijo... *le abraza.*

*Ger.* Vaya, ya ves á tu ayó, no llores: calla. *Tom.* No he visto niño como él: cuánto quiere á su ayó. *Alex.* Habiendo oido esta noticia, baxé á ver á mi madre. *Arn.* Y qué hizo?

*Alex.* Decirme que no llorase. Yo al instante me arrodillo, la pido por vos. Y entónces me riñó. Roberto dixo que hacía muy mal en sentir vuestra ausencia. Al punto mismo conocí que sin remedio os perdía, é imagino que os habiais retirado á casa de vuestro amigo. Con esta idea me escapo, y buscaros determino. Sabía el nombre de la calle y la casa; pero vino la noche, y yo me perdí. Pregunté; pero aturdido no supe tomar las señas.

*Tom.* Por el barro del vestido se puede juzgar lo que él habrá andado.

*Alex.* En tal conflicto me ocurrió una buena idea. Yo sabia á punto fixo que esta calle cae al norte, así saqué del bolsillo mi brújula, y á la luz de los faroles la miro varias veces: con que ella



ha sido quien me ha traído á esta casa. *Ger.* Abrázame, Alexandro. *Tom.* Es un prodigio. *Alex.* Ayo mio, qué teneis? Parece estais afligido? *Arn.* Oh, qué mezcla de alegría y penas! *Alex.* Traigo conmigo quantas alhajas yo tengo para que podais serviros de ellas. Vedlas aquí juntas. *Pone sobre la mesa el pañuelo en que las trae.* *Ger.* No os admirais de un cariño semejante? *Arn.* No, Gerardo, de todo esto no me admiro. La naturaleza es buena y quanto hace, por lo mismo es excelente. Ahora pienso en otra cosa. Vén hijo, y escúchame. *Se sienta poniendo junto á sí al niño.* *Alex.* Qué mandais? *Arn.* Sabes que somos amigos los dos? *Alex.* Y bien que lo sé. *Arn.* A la prueba me remito. *Alex.* Y qué prueba? *Arn.* Escúchame. No sabes cuánto he sentido no verte: cuánto he llorado; y eso sabiendo de fixo que tú estabas en tu casa sin tener ningun peligro. Juzga quanto llorará tu madre, habiendo tú huído de tu casa, é ignorando donde estás. *Alex.* Que me he perdido juzgará. *Arn.* Y tendrá razon. *Alex.* Pues bien: vamos ahora mismo á consolarla los dos. *Arn.* No es posible que contigo vaya. *Alex.* Pues señor, sin vos, yo tampoco. *Arn.* Oye, querido. Yo estimo mucho á mi madre, y si estando yo contigo en tu casa me dixesen que mi madre habia creído no verme nunca, y llorára

por mi ausencia; yo imagino que tú al punto me dirias, dexadme, querido antiguo, id al punto á vuestra casa, consolad como buen hijo á vuestra afligida madre. Esto dirias de fixo: y si otra cosa dixeses, te juzgára mi enemigo, pues me aconsejabas mal. Mas yo tengo conocido tu carácter: sé que no eres capaz de dar tan indigno consejo. *Alex.* Oh, no! *Arn.* Sin embargo, quieres me porte contigo de este modo. Ya tú ves que en esto propio me has dicho que no crees que te amo. Sí, Alexandro, y yo te afirmo me causa mucho dolor que no creas soy tu amigo. *Alex.* Sí señor, sí que lo creo; pero... *Ger.* No llores querido, tu Ayo se está chanzcando. *Arn.* Tomasa, pronto, ahora mismo *Aparte á ella.* haced que traigan un coche. *Tom.* Bien cerca está de este sitio la plazuela... Pero llaman, sin duda será Francisco que viene ya con los postres. *vase.* *Alex.* Porque estais serio conmigo, no me quereis ya?

## ESCENA V.

*Dichos y Tomasa precedida de un Escribano y Justicia.* *Ger.* Qué es esto? La Justicia... qué designio es el vuestro? *Esc.* Quién se llama Arnaldo? *Arn.* Yo. *Esc.* Es este niño Alexandro? *Alex.* Sí señor. *Esc.* Que le lleven dos ministros á su casa. Y vos, Arnaldo, venios al punto conmigo.

*Ger.* Despacio: qué orden es esta?

*Arn.* No creo que dí motivo para un proceder... *Esc.* Pues qué, no es suficiente delito robar un niño, engañarle...

Oh, ya estamos instruidos de todo... Venid. *Arn.* Mirad que no he sacado este niño de su casa. *Alex.* Dice bien, que yo á buscarle he venido.

*Arn.* Yo proba é que ignoraba que tuviese tal des gaño.

*Esc.* Ese descargo dareis en otra parte. Repito que me sirvais.

*Alex.* Aguardad. *con viveza.* Dónde llevais á mi amigo: dónde le llevais?

*Esc.* Chiton. *con desprecio.*

*Ger.* Si es á la cárcel, me obligo á salir por fiador. *Alex.* A la cárcel?

*Esc.* Queridito, callad vos. Vamos, Arnaldo.

*Alex.* No es posible consentirlo. *Vuelve la cabeza, vé las pistolas, coge una, y se pone entre su ojo y el Escribano, apuntando á éste: todo muy de priesa.*

*Alex.* Señor, ó salid de aquí, ú os mato.

*Arn.* Alexandro! *Ger.* Niño! Que está cargada. *se la quita.*

*Alex.* Y dexais que se le lleven? *Ger.* Te digo que todo se compondrá.

*Arn.* Señor Secretario; os pido no hagais caso de esta accion: es un inocente. *Esc.* Lindo.

Vaya que la criatura gasta chanzas. *Arn.* Si instruido estuvieseis del suceso vierais que iba dirigido por su corazon. Ahora no conoce otro principio que gobierne sus acciones sino su pecho sencillo.

El sabe bien mi inocencia,

y disculparle es preciso.

Tambien lo es que yo obedezca la orden; pero os suplico me lleveis ántes de todo á casa del Juez. *Esc.* Lo mismo es lo que se me ha mandado.

*Arn.* Gerardo, vos de este sitio no os aparteis, pues quizás venga Carlos. *Ger.* Os afirmo que si no viene, yo iré á buscarle. *Arn.* Amado hijo, *le abraz.* á Dios. *Alex.* Pero volvereis?

*Arn.* No sé quando. Amigo mio, vé á consolar á tu madre, y á Dios.

*Los Ministros los separan, unos acompañan á Alexandro y otros con el Escribano siguen á Arnaldo.*

## ESCENA VI.

*Gerardo y Tomasa: ésta habrá alumbrado á los demas, quedándose junto al bastidor: vuelve á poner la vela sobre la mesa diciendo.*

*Tom* Señor, qué embolismo es este? *Ger.* Dos mil demonios que persiguen al mas digno de estimacion. *Tom.* Yo temblaba que os llevasen los Ministros consigo.

*Ger.* Hablando verdad, *sonriéndose.* yo tengo tanto delito como Arnaldo. *Tom.* Qué decis de lo que hizo Alexandrito?

Es un niño portentoso. *Ger.* Un ángel.

*Tom.* Cómo ha traído todas sus alhajas. *Ger.* Sí, devolverlas es preciso á su madre. *Tom.* Qué serán sus alhajas? Yo registro

el pañuelo. Un lapizero de oro... su relox... un libro en tafíete. *Ger.* Veamos qué libro es. *Tom.* Es muy bonito.

*Ger.* Fábulas de La Fontaine; y está en un papel escrito,

envuelto... pero qué veo,  
 firma Roberto... es preciso  
 leer este papel. *Tom.* Despues  
 le leereis... Ved que está frio  
 el asado, y... *Ger.* Qué fortuna!  
 qué felicidad... Bendito  
 sea el Señor que lo ha dispuesto.

*Corre á buscar su sombrero y baston.*

*Tom.* Qué teneis? qué habeis leido  
 en ese papel? *Ger.* Mil cosas,  
 mil cosas. *vase precipitamente.*

*Tom.* Se volvió el juicio.  
 Vaya, que toda esta noche  
 es un puro laberinto.

el lance como pasó,  
 y ponderando el efecto  
 de la diestra persuasion  
 de un Ayo, diestro por cierto  
 en engañar á un incauto  
 y dócil niño. Corriendo  
 fué un Escribano á la casa  
 que señalé, y me prometo  
 que vuelva pronto Alexandro  
 á vuestros brazos. *Luc.* Yo creo  
 que ha parado un coche. *vase.*

*Rob.* Sí,  
 el niño viene.

ESCENA II.

ACTO V.

*Teodora y Gerardo.*

*El teatro figura la misma sala que  
 sirvió en los tres primeros actos.*

ESCENA PRIMERA.

*Teodora, Lucrecia y Roberto.*

*Luc.* Vaya, debeis confesar  
 que yo adivino.

*Teod.* Es muy cierto,  
 siempre para complacerme  
 adivinas. Vos Roberto,  
 de cuánto me habeis servido  
 en este lance. *Rob.* Hize aquello  
 que el corazon me dictó:  
 serviros y complaceros  
 es mi mayor interes.

*Teod.* Que Alexandro fué siguiendo  
 á su Ayo? *Rob.* En casa de Gerardo  
 los halláron juntos. *Luc.* Eso  
 se dexaba conocer.  
 Tiene un cariño tan ciego  
 á ese hombre... *Rob.* Cumplí el encargo  
 de buscarle, con el zelo  
 que es propio de mi carácter.  
 Contentísimo en extremo  
 por imitar vuestro amor  
 maternal. Pasé al momento  
 á casa del Magistrado,  
 pintándole por extenso

*Teod.* No puedo  
 explicaros el placer  
 que con su venida siento.

*Rob.* Ya se dexa conocer  
 fácilmente. Vuestro pecho  
 es en extremo sensible.  
 En vuestras acciones veo  
 un no sé que de mas puro,  
 de mas bello y mas perfecto  
 que en quantas damas conozco.  
 Los sublimes sentimientos  
 del amor materno, en vos  
 son naturales lo mesmo  
 que es natural á la rosa  
 el suave perfume. *Teod.* Aprecio  
 tan fina comparacion:  
 siempre hablais como discreto.

ESCENA III.

*Dichos, Lucrecia, y Alexandro que  
 corre á abrazar á su madre.*

*Luc.* Ya viene aquí el desertor.  
*Alex.* Sí, mamá mia: ya vuelvo,  
 no lloreis mas. Me juzgabais  
 perdido? *Teod.* Sí: mas no quiero  
 reñirte. Yo te perdono;  
 pero conoce tu yerro.  
 Irte de casa... *Alex.* Temí  
 que si daba parte de ello  
 me negaseis la licencia.

*Teod.* Era muy justo el hacerlo.

*Alex.* Pues siendo así no podía volver á ver á mi Maestro, á mi amigo. *Teod.* Ese cariño con Arnaldo fué muy bueno, quando yo juzgué oportuno que fuese tu Ayo. Mas viendo que le aparto de tu lado debieras en el momento olvidarle. Sí: conoce que ni él te ama, ni quiero que tú le estimes tampoco: lo entiendes?

*Alex.* Qué estais diciendo?

Qué él no me estima? Es engaño.

*Rob.* Así faltais al respeto á vuestra mamá. *Alex.* No tal: la respeto y la venero, mas quiero desengañarla, y si yo callo me temo que nadie la desengañe. Mamá, yo en mi vida puedo no ser amigo de Arnaldo, ni él puede dexar de serlo mio tampoco. Si vieseis cuánto los dos por no vernos hemos llorado! Mamá, tened piedad de mis ruegos, haced que vuelva mi amigo á vuestra casa.

*Vá llorando á sentarse, y tapándose la cara con el pañuelo.*

*Luc.* A lo ménos le instruyó perfectamente su Ayo. *Rob.* Se está conociendo que repite la lección que le enseñaron. *Teod.* Yo creo lo mismo, mas sin embargo...

*Luc.* Llorais?... qué bondad! *Rob.* En eso demuestra quanto es sensible su corazon. *Luc.* Yo recelo no seais tan débil que...

*Rob.* Oh, no!

Vuestra ama tiene talento y sabrá bien conocer esta farsa. *Alex.* Mamá, es cierto que consentireis que vuelva

á casa? Si no podemos vernos, vereis que morimos de pena los dos. *Teod.* Silencio: tu madre sabe muy bien lo que ha de hacer. Sé discreto, y obedece resignado si amaste con tanto extremo á ese Ayo: amarás lo mismo á otro. *Alex.* No puede ser eso: no quiero otro Ayo.

*Con viveza y alzando la voz.*

*Luc.* Que bien hace el papel. *Rob.* Ese mismo grito manifiesta el todo de la intriga. *Alex.* No, no quiero otro Ayo. Arnaldo no mas ha de ser siempre mi maestro. Si vieseis cuánto me quiere! Ni aun el gusto mas pequeño sabe negarme. Responde á todo quanto deseo saber, con una dulzura, con un cariño... No puedo querer jamás á otro Ayo nunca, nunca. Vos, Roberto, que teneis buen corazon, pedid por él... yo os lo ruego. Si os separasen de Juan lo sentiriais? *Rob.* Es cierto, y así... *Alex.* Lo hareis, no es verdad? Haz tú Lucrecia lo mesmo: pide á mamá que al instante le envíe á llamar: sea presto. Está llorando por mí. Solo quien fuese un perverso no tendria compasion de su dolor. *Luc.* Conteneos, y no lloreis de ese modo. Acordaos que habeis hecho una falta muy notable en huiros, exponiendo á vuestra mamá á sentir vuestra fuga. Esto es muy feo, y merece con razon que se dilate algun tiempo daros gusto. Pasará el enojo, y ya veremos

que se compongan las cosas.  
*Alex.* Pero pedireis de cierto por Arnaldo? *Luc.* Sí.  
*Alex.* Quándo? hoy, hoy mismo? *Luc.* Si acaso encuentro proporcion hoy será... Vamos, os llevaré al quarto vuestro, pero encargo la prudencia.  
*Alex.* Yo haré quanto quieran.  
*Lucrecia se le lleva, y él vuelve sin cesar á mirar á su madre.*  
*Luc.* Presto, vamos, que mamá se enfada de veros llorar. *Alex.* Lo siento, mas no puedo contenerme. *vanse.*

#### ESCENA IV.

*Roberto y Teodora.*

*Rob.* Señora, ved el efecto de esta intriga: es necesario que yo átropelle los riesgos, y ceda á vuestro interes mi amor propio. Bien comprehendo que tratándose de ser mi hermano quien venga al puesto de Arnaldo, debo callar hasta que vuestro precepto me obligue á hablar. Sin embargo, hallo, señora, que el riesgo insta de veras, y así es necesario el remedio.

*Teo l.* Bien decís, muy necesario.

*Rob.* El bálsamo del consuelo debe aplicarse á la herida de ese inocentito pecho, y ha de ser sin dilacion, siendo preciso para ello una mano que sea diestra, un hombre de gran talento: ó yo me engaño ó mi hermano es el único sugeto que vá á lograr el cariño de Alexandro. Vereis presto que él le sabe cautivar con su cariño y su esmero en distraerle. Ese niño

necesita en el momento quien le disipe la idea de Arnaldo.

*Luc.* Juzgo lo mesmo que vos. Escribid al punto á vuestro hermano. *Rob.* Yo espero que no tardará en venir á serviros. *Teod.* Y yo cuento todas esas diligencias como otros tantos consuelos que dais á mi corazón.

*Rob.* Miéntras viene, no debemos descuidarnos de que olvide Alexandro á su maestro. Pero esto lo hará Lucrecia perfectamente, pues creo que es muger de mucho juicio.

*Teod.* Es cierto tiene talento, y se interesa en mis cosas.

*Rob.* Con la experiencia que tengo del mundo jamás me engaño, y aseguro que su zelo me admira. Es una criada que os quiere con el extremo de amiga, y que por lo propio es muy digna del aprecio con que la mirais. *Teod.* La doy mi confianza, y me puedo lisonjear de hacerlo así.

#### ESCENA V.

*Dichos y Lucrecia.*

*Luc.* Vuestro hermano viene.

*Teod.* Siento su visita inesperada. Amigos míos, yo os ruego no me abandoneis. Querrá volverme á afligir de nuevo con ásperas reprehensiones.

*Luc.* Dexad por Dios ese miedo, y hacedle ver que sois dueña de vuestra casa. Si un tiempo mantó él, hicisteis mal. Mandad vos, será bien hecho. No temais tanto sus gritos, son voces que lleva el viento: si grita, gritad tambien,

y si quereis gritaremos  
todos juntos: no hay cuidado.

*Teod.* Ayúdame, y vos Roberto,  
sed á mi favor. *Rob.* Señora,  
tan solo por complaceros  
le haré ver vuestra razon.

*Luc.* Pues vaya, perded el miedo,  
que somos tres contra uno.

## ESCENA VI.

*Dichos y Carlos.*

*Carl.* Hermana, yo vuelvo  
al abordage, y presumo,  
segun la gana con que entro  
en la batalla, que ahora  
echo á pique por entero  
las naves contrarias. *Teod.* Carlos,  
sin que hables palabra entiendo  
lo que me quieres decir;  
pero ante todo te advierto,  
que aunque te amo como hermano,  
no debes ser indiscreto.

Cesa ya de aconsejarme,  
pues ni sigo tus consejos  
ni los escucho con gusto.

Yo sé qual es mi proyecto,  
y sé que debo seguirle.

*Carl.* Carambá, amiga! te has hecho  
fuerte. *Luc.* Pues aun tiene mucho  
que decir. Hace ya tiempo  
que mi ama sabe que sois  
un censor el mas molesto  
de sus acciones. Esto es  
lo que decia ahora mesmo.

*Carl.* Eso decia mi hermana?

*Rob.* Con efecto, y atendiendo  
que la escuela verdadera  
de una madre de talento  
es su propio corazon.  
La naturaleza ha puesto  
allí las reglas que debe  
seguir, y agenos consejos  
siempre son inoportunos,  
y habrán de ser mas molestos  
quando se dan sin pedirlos.

*Carl.* Teodora dixo todo eso?

*Luc.* Y mucho mas todavia.

*Carl.* Y mucho mas? *Luc.* Por exemplo,  
que vos sois un buen marino,  
y por lo mismo muy diestro  
en las cosas de la mar,  
mas que buscar un sugeto  
para Ayo de su hijo,  
es asunto muy diverso.

*Carl.* Ola, ola. *Rob.* Tambien dixo,  
que si es absoluto dueño  
de un Navío, el Capitan  
debe ser por esto mesmo  
cada uno dueño en su casa.

*Carl.* Y dixo mas? *Luc.* No me acuerdo.

*Carl.* Muy bien. Pues en ese mar,  
y en ese navío mesmo,

*Vá encolerizándose por grados.*

ya que el furor de las olas  
me arrojase hasta el infierno,  
ó ya fuese que la calma  
me obligase á estarme quieto  
exerciendo la paciencia,  
que es en casos como estos  
el recurso de un marino.

Jamás juro por los cielos,  
me acuerdo de haber tenido  
tanta como la que tengo;  
pero voto vá... el instante  
que se me acabe... *Teod.* De nuevo

vuelves al tono que sueles,  
yo darte lugar no quiero  
á que acabes... me retiro

á mi quarto. *Carl.* Quedo, quedo,  
que reviraré de bordo  
si te vas á tu aposento.

Voy á probarte, que sé  
vencer mi maldito genio,  
y que te engañaste mucho  
no conociendo el intento  
de mi venida. Es verdad,  
que á pesar de mis consejos,  
Arnaldo fué despedido.

Tus razones para hacerlo  
habrás tenido sin duda.

Mi sobrino está sintiendo  
que le aparten de un Ayo  
que le amaba con extremo,

y en quien tenia un amigo,  
y al mismo tiempo un buen maestro.  
Pero esto no importa nada,  
el niño es un mocosuelo  
de quien no se ha de hacer caso.  
Tú eres madre de talento:  
eres muger que calculas,  
y fué excelente y muy bueno  
todo lo que executaste.  
Ya miras como lo apruebo  
muy léjos de criticarlo.

*Teod.* Que te chanzas comprehendo.

*Carl.* No tengo tal intencion,  
ni he sido nunca chanzero.  
Vamos ahora á lo que vine.  
Sé que hay mugeres de ingenio  
que saben adivinar,  
y muchas, tú por exemplo,  
las consultan en sus dudas.  
Yo acabo en este momento  
de tener un lancecillo,  
y espero me des consejo.

*Teod.* Qué dices, hablas de veras?

*Carl.* Voy á contar por extenso  
todo el lance. En una casa  
que me interesa en extremo,  
hay dos pícaros bribones  
que habían formado el proyecto  
de perder una familia,  
que es respetable por cierto.  
Solo deseo saber  
si debo guardar silencio  
en este asunto, ó tirar  
por un balcon los sugetos  
que tienen tan depravada  
intencion. Vamos Roberto,  
qué me aconsejais?

*Rob.* Yo?... *Carl.* Sí.

*Rob.* Por mi vida que no acierto  
á responder. *Carl.* Di Lucrecia  
lo que te parece. *Luc.* Entiendo  
yo muy poco de ese asunto.

*Carl.* A la verdad el remedio  
es urgente, y por lo mismo  
conviene partir de presto.  
En mi vida yo me estoy  
en inaccion, y comienzo

cruzando á un bribon la cara.

*Luc. y Rob.* Señor.

*Carlos* alzá el baston para dar á *Roberto*. *Teodora* le detiene.

*Teod.* Hermano...

*Carl.* Ah perversos!

Vosotros sois los que digo.

*Teod.* Carlos, has perdido el seso?

*Carl.* La carta de este bribon  
te declarará el suceso.

*Rob.* Mi carta, Lucrecia! *ap. los dos.*

*Luc.* Ay Dios!

*Carl.* Lee Teodora, el mas horrendo  
artificio.

*Lucrecia* quiere quitar la carta.

*Luc.* No leais.

*Carl.* Si tienes atrevimiento  
*Amenazándola y apartándola.*

de dar un paso, te rompo  
la cabeza. Llegó el tiempo  
de conocer vuestra intriga.  
Ola, Arnaldo...

*Teod.* Cómo es esto?

Arnaldo está aquí?

*Carl.* Conmigo  
ha venido.

*Luc* Procuremos *ap. á Roberto.*  
escapar á toda priesa.

*Al entrar Arnaldo ellos huyen.*

## ESCENA VII.

*Teodora, Carlos, Arnaldo y Gerardo.*  
*Teodora* manifestando su despecho se  
sienta en una silla, volviendo la es-  
palda á la puerta.

*Carl.* Te sientas, eso es bien hecho;  
pero has de leer esa carta  
que le escribia Roberto  
á su hermano. Mira en ella  
*Miéntas ella lee para sí.*

á quanto llega el exceso  
de la infamia. Amigos míos, *á los dos.*  
ya hemos entrado en el puerto,  
con que viva la alegría.

*Gerardo*, traed corriendo  
á mi sobrino. *Ger.* Al instante. *vase.*

ESCENA VIII.

*Dichos, ménos Gerardo.*

*Carl.* Figuraos qué contento será el suyo quando os vea. Veneremos los decretos de la sabia Providencia, que por tan extraño medio como es el forro de un libro, nos puso de manifiesto la trama de esos bribones, y deshizo su proyecto.

ESCENA ULTIMA.

*Dichos, y Gerardo trayendo de la mano á Alexandro.*

*Ger.* No te engaño, aquí está Arnaldo, mírale. *Alex.* Querido maestro?

*Arn.* Hijo mio!

*Le abraza y permanecen abrazados.*

*Teodora acaba de leer y exclama.*

*Teod.* Ay Dios, qué horror!

qué perfidia! *Carl.* Compadezco el chasco que te has llevado.

Abrázame y olvidemos

este lance. Quitá allá

esa carta: si algun tiempo

viniesen aduladores

á tu casa, será bueno

que leas ese villete.

*Vuelve con alegría á mirar á Alexandro.*

Alexandro, estás contento?

*Alex.* Tio... Mamá.

*Teod.* Amado hijo. *abrazándole.*

*Carl.* Vaya, gracias á los cielos que con tantas maniobras no pudiéron los perversos

echar á pique mi nave.

*Vuelve á mirar donde están, y no viéndolos dice:*

A dónde están? Ola, huyéron sin hablar palabra! Lindo

de bribones como ellos:

hasta la misma verguenza

es despreciable, yo os ruego,

amigos míos, que al punto

quanto ha pasado olvidemos.

Después de la tempestad

mira alegre el Marinero

la bonanza, y se divierte

cantando; lo mismo harémos

nosotros, pues que vencimos,

Arnaldo, en amaneciendo

os volvereis á la aldea

con mi sobrino. Yo quiero

que echeis el áncora en ella.

Si Teodora en algun tiempo

quiere ver á su hijo... *Teod.* Aguarda:

desde este instante resuelvo

no apartarme de mi hijo

ni de su apreciable Maestro,

á quien pido que disculpe

mi proceder indiscreto.

*Arn.* Señora, me confundís.

Estad cierta que os respeto,

y me sacrificaré

por serviros. *Carl.* Yo lo creo,

porque es un hombre de bien.

Querida Teodora, apruebo

esa determinacion.

*Alex.* Mamá viene, qué contento.

*Carl.* Señores, es tarde: vamos

á cenar y descansenos

de la borrasca pasada.

En la mesa brindarémos

por nuestra felicidad,

y dormiremos contentos.

FIN.